

cuadernos de
militancia



cuadernos de **militancia**

MOVIMIENTO DE UNIDAD PERONISTA

20 Sumario

EDITORIAL	4
-----------	---

DECIMOS, HACIENDO	6
<i>La Economía de Fuerzas</i>	

CONTRAPUNTO	26
<i>Braden o Perón</i>	
<i>La carta de Perón a Mao</i>	

LA HUELLA DE LOS LEALES	58
<i>Hebe de Bonafini: Madre de todas las batallas</i>	
<i>Mono Gatica</i>	

DESAFIARTE	66
<i>Leonardo Favio: Padre y poeta</i>	
<i>Mecánicos, un cuento de Osvaldo Soriano</i>	
<i>Variedad de Zonceras Argentinas, Arturo Jauretche</i>	



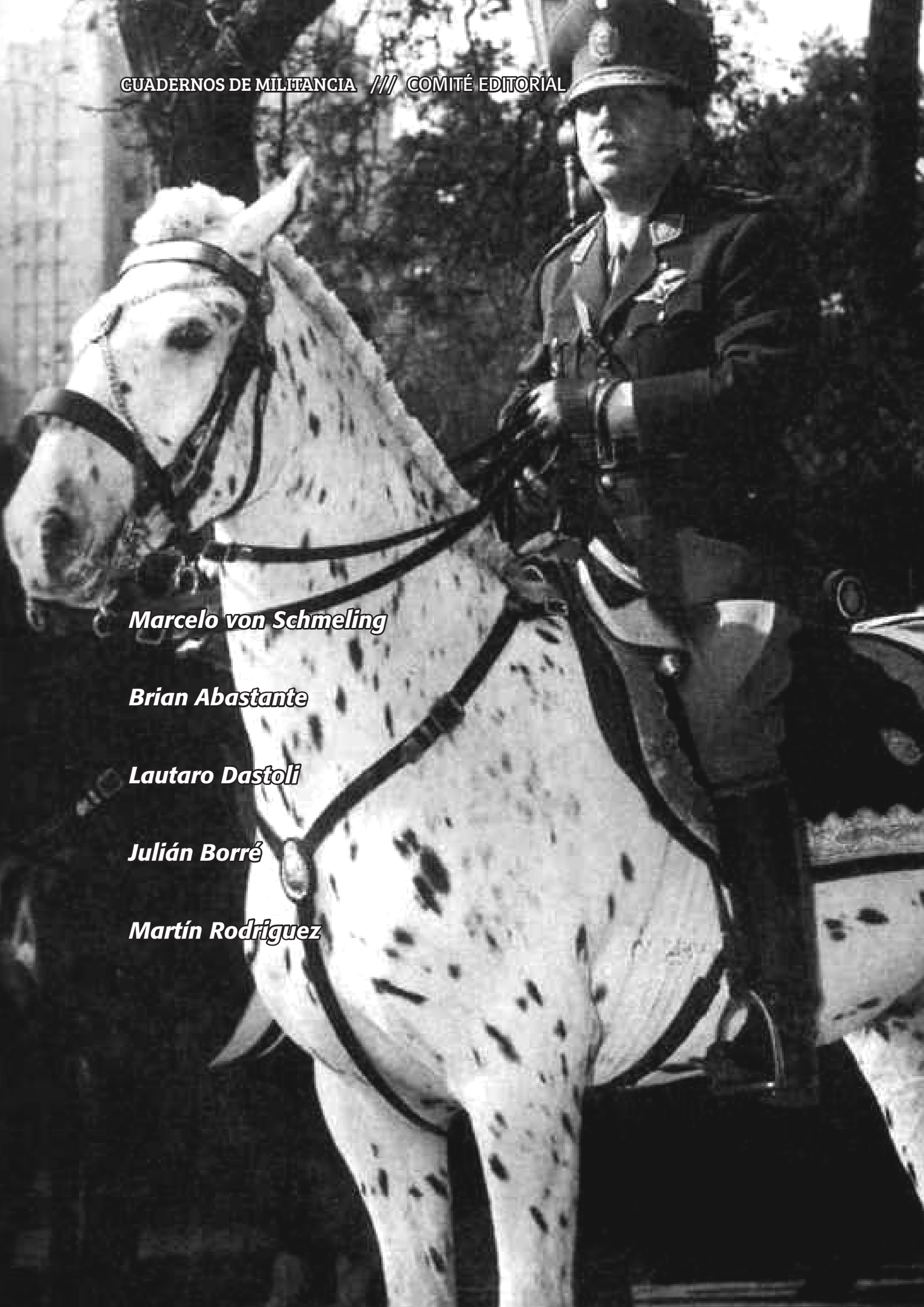
Marcelo von Schmeling

Brian Abastante

Lautaro Dastoli

Julián Borré

Martín Rodríguez





EDITORIAL

VOLVER A PERÓN PARA LIBERAR A LA NACIÓN

La política internacional, hoy como ayer, marca el pulso de los desafíos que atesoramos en nuestra historia. El escenario global actual revela una descarnada puja por la apropiación de recursos estratégicos por parte de las potencias imperiales. Este orden, que aún gravita sobre los polos de Estados Unidos y Rusia, con una Europa que observa, evalúa y apuesta, está configurando una nueva carrera armamentista destinada a repartir, una vez más, los recursos de la humanidad. Mientras tanto, China aguarda paciente un destino que parece lento e inexorable, pero ciertamente venturoso.

En este tablero, la Argentina de hoy no ocupa un lugar preponderante para dar el debate político necesario; ni un lugar que pretenda el desarrollo propio, donde nuestra industria y nuestra independencia marquen el rumbo. Por el contrario, nuestro país, en la oscuridad a la que la han sometido, sólo encuentra en la disputa internacional un poco de oxígeno. Pero no es el aire fresco que reclama una Patria que se desangra; es apenas un cuentagotas que prolonga la desdicha de millones de compatriotas que ven cercenado su acceso a la educación, la salud, el trabajo y la capacidad de soñar. Asistimos a una crisis civilizatoria que expulsa del sistema a quienes ya no pueden acceder ni siquiera a lo básico para subsistir.

Ante esta encrucijada global, Argentina no es solo un espejo de la crisis socioeconómica, sino el laboratorio de una experiencia de capitalismo bruto y sumiso sin precedentes. Esta situación nos demanda creatividad y osadía.

Doctrina política ya tenemos; historia de lucha, nos sobra. Somos herederos de un legado de combate contra las caras más bestiales del imperialismo. Supimos

construir una alternativa revolucionaria que transformó la vida de millones con dignidad y empleo, forjando un proyecto de Nación y de continente capaz de enfrentar las adversidades de su tiempo. Esos son los laureles del peronismo.

En esta etapa crítica para la Patria y la humanidad, es imperativo hallar los puntos de encuentro y unidad. Debemos trabajar por un futuro que tenga la audacia de romper la dicotomía vacía que no representa a nadie. Necesitamos la creatividad necesaria para conquistar las soluciones que nuestro Pueblo exige para su felicidad. Esa es la única demanda de nuestra doctrina y nuestro legado.

Para garantizar el derecho a un futuro digno, debemos trabajar unidos, prepararnos y resistir como Pueblo este embate atroz de la oligarquía. No vienen por un dirigente o una organización: vienen por nuestros recursos y por nuestros sueños. Y estamos dispuestos, como siempre lo estuvo el peronismo, a dar la vida para defenderlo.





DECIMOS HACIENDO

LA ECONOMÍA DE FUERZAS

En esta edición, queremos detenernos en un concepto central de la conducción peronista: la **economía de fuerzas**. Perón, en *Conducción Política*, nos enseña que no se trata de hacer mucho, sino de hacer lo **necesario, en el momento justo y con la energía precisa**. Conducir —y militar— es administrar las fuerzas propias y las del movimiento con inteligencia, sin desgastarlas en disputas estériles ni acciones improvisadas.

El momento actual, inmediato a dos elecciones de enorme importancia como las legislativas bonaerenses y nacionales, nos exige **pensar correctamente, actuar con serenidad y firmeza**, y no confundir la urgencia con el apuro. La economía de fuerzas no implica quietud ni pasividad, **sino organización, paciencia y dirección consciente**.

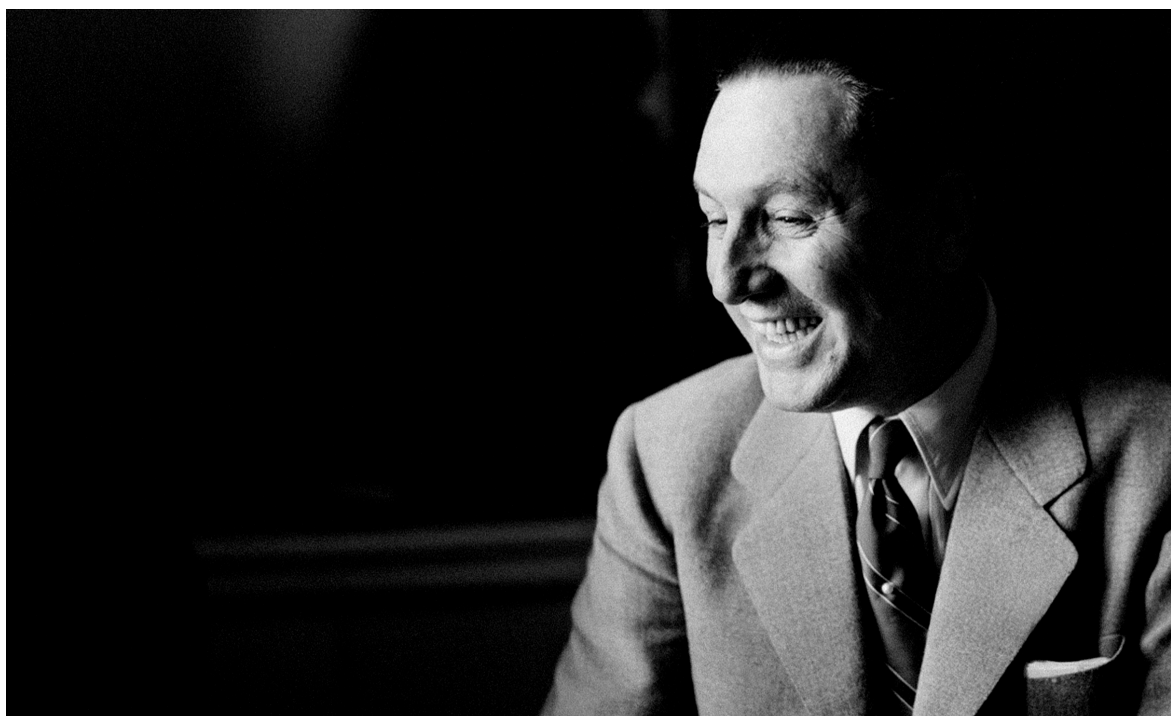
Cada militante debe renovar día a día su compromiso, cuidando la energía colectiva, fortaleciendo la unidad y concentrando el esfuerzo donde más rinda. La tarea es grande, pero el método es claro: **no desgastarnos, sino acumular fuerza, conciencia y organización para vencer**. Esa es la verdadera enseñanza de Perón: **ahorrar para golpear mejor, actuar con sabiduría y construir poder popular sin despilfarrar la voluntad del pueblo**.



En la clase anterior había dejado para tratar hoy lo que se refiere a uno de los grandes principios de la conducción, quizás el más fundamental de todos: el de la economía de fuerzas. En la conducción política —que indudablemente involucra siempre fuerzas políticas— la economía de fuerzas es un sistema que permite obtener un poder concentrado en un lugar y en un momento. La lucha política presupone una acción permanente en numerosos lugares y de regular intensidad,

vale decir, una lucha distribuida en el espacio en que se actúa y en el tiempo. Tiempo y espacio; dos factores de toda acción de lucha. El principio de la economía de fuerzas establece, como condición fundamental para vencer en la lucha política, que es necesario ser más fuerte en la acción en un momento y en un lugar, que es donde se produce la decisión. Observen ustedes que esto es toda una técnica que no obedece solamente a la lucha.





Es un principio casi universal y permanente en la vida. Se cumple ese principio cuando decimos que hay que aprender una sola cosa a la vez; o que no hay que buscar cosas que respondan a dos objetivos, sino a uno solo. Como éstos, existe una cantidad de hechos que caracterizan toda la mecánica del empleo de la fuerza en la conducción política. Este principio, que trata de unificar el esfuerzo, establece que dentro de la lucha hay toda una técnica en acción, y es la misma técnica que existe en la vida para todas las cosas. Decimos del sofá-cama que no sirve para sentarse y que se duerme mal en él. Eso está también dentro del principio que nosotros llamamos de la economía de la fuerza, para darle un nombre con el que queremos significar que en ese inmenso campo en que se desarrolla la lucha política hay un principio que es más importante que los demás. Yo no quiero hacer una exposición académica, sino una explicación dirigida al entendimiento. No me importa, cuando hablo, cómo lo hago, sino utilizar

la forma que lleve a la comprensión. Decía que la lucha política se desarrolla en un inmenso campo que comprende el espacio y el tiempo.

En el espacio hay lugares donde predomina la importancia de una decisión favorable, y en el tiempo existen momentos en que es necesario ganar una cosa. Hay, en lo referente al espacio, lugares principales y lugares secundarios de la lucha; y en el tiempo hay momentos secundarios y momentos principales o fundamentales de la lucha. El principio de la economía de fuerzas consiste en ser más fuerte, vale decir, en dominar la situación política en un lugar y en un momento: en el lugar donde sea más decisiva y más principal, en el momento en que sea más decisiva y más principal. Hay algunos que se gastan en un momento que no tiene ninguna importancia para ellos; otros, que se dedican a un lugar que es secundario y que olvidan otro que es principal. En consecuencia, como arremeten en ese lugar y fracasan en el otro, pierden. Ese es el principio



de la economía de fuerzas; vale decir, es un sistema o un método de acción que permite vencer en el lugar decisivo y en el momento decisivo y oportuno. Ese es el principio de la economía de fuerzas. Es indudable que este principio de la economía de fuerzas es, en todos los aspectos de la vida, y especialmente de la lucha, un principio inmutable de la conducción; es permanente. Su valor es en todos los casos positivo.

Es decir, es el único gran principio de la conducción que no puede violarse en ninguno de los casos, porque establece el sistema medular de todos los grandes principios de la conducción. De él nacen casi todos los principios de la conducción, y casi todos los demás principios de la conducción le sirven a él de una manera directa o de una manera indirecta. De modo que pueden violarse algunas veces principios de la conducción, pero éste no puede ser violado sin atenerse a las consecuencias de su violación. Sobreentendido lo anterior, es decir, caracterizado este gran principio, quiero dar dos o tres ejemplos que aclaran más toda la técnica de su aplicación. Supongamos que se trata de realizar la propaganda para el movimiento político.

¿Cómo aplicaremos el principio de la economía de fuerzas en la propaganda? Observen ustedes por ejemplo, el panorama actual de la República. Nuestros adversarios, como lo hemos comprobado mediante el estudio que nosotros hacemos sobre esto, cuando hacen un acto político en plaza Italia —que es uno de los sectores de la propaganda— llevan a la gente en automóviles, en numerosos automóviles; los custodian, establecen una cadena alrededor del grupo que está escuchando, etc. Los que van a esos actos son los mismos que van a Palermo,

a Medrano, al Puerto, a Avellaneda y a La Plata. Realizan actos todos los días, y a las distintas partes van los mismos. Poca gente los escucha. Se protegen de los que van a atacarlos, pero nadie los ataca. Si nosotros tuviéramos que luchar con un adversario y dispersar nuestras fuerzas poniéndolas en todas partes igualmente, esperando que ellos realicen una acción, iríamos diluyendo un medio en todo un amplio panorama. Nosotros lo hacemos con otro sistema. Nosotros no realizamos actos públicos; cuando lo hacemos, ya tenemos las fechas determinadas: 1° de Mayo, 17 de Octubre y entonces les ponemos un millón de hombres en la plaza de Mayo. De la misma manera se procede en las demás cosas. Nosotros vamos llevando una acción orgánica en la aplicación de este principio, como en todas las cosas, porque en la conducción política priva el principio de la economía de fuerzas, pero en todas sus formas y en todos los casos.

Se dice: hay que ganar la calle. Pero si nosotros empleáramos a nuestros partidarios en ganar la calle, tendríamos que tener a todos los peronistas durante toda la vida en la calle, porque en cualquier momento pueden aparecer nuestros adversarios copándonos la calle. No se puede proceder así. La calle hay que tomarla de otra manera. Hay que coparla donde interesa y cuando interesa. Si vencemos allí, en ese momento, nos hemos ahorrado todo un inmenso desgaste de fuerzas, de actividad, de tiempo. Seguros de la victoria, en lo único en que no hay que equivocarse es en el golpe. Hay que darlo en el momento oportuno y en el lugar oportuno, para que rinda sus efectos.

Yo siempre digo, para encauzar a mis colaboradores dentro del principio de la economía de fuerzas: no hay que pegar to-





dos los días. Hay que pegar cuando duele y donde duele. Es lógico. Es el principio de la economía de fuerzas en la lucha. ¿Para qué estar pegando todos los días? Al final el adversario no siente los golpes. Hay que esperar el momento, hay que elegir el lugar y hay que dar el golpe entonces. Pegar cuando duele y donde duele. Es una cuestión de tiempo y de lugar. Esto tiene una importancia extraordinaria. Yo he puesto el caso de la propaganda como podría haber puesto el caso de la acción política misma. Para esto se hacen planes y en los mismos se establece perfectamente cómo ha de llevarse a cabo la acción conjunta, empezando por la propaganda, por la difusión, por la contrapropaganda, por las noticias, por la acción directa de la política y por la incidencia de la acción del gobierno en la política. Hay que hacer un plan que asegure dónde duele y cuándo duele, para proceder entonces y no en cualquier otro momento. Si resolvemos emprender una acción ofensiva contra

nuestros adversarios políticos y para ello nos dividimos, dispersándonos por toda la República, vamos a ser débiles en todas partes. Debemos analizar el panorama y decir: ¿para qué vamos a pegar en Tucumán, si allí, una vez, divididos los peronistas, ganamos la mayoría y la minoría? ¿Para qué vamos a realizar ofensivas en La Rioja o en Catamarca? Pero hay otros puntos que son neurálgicos. Nosotros debemos determinar los lugares decisivos, pero nos queda por establecer una segunda condición, que es el tiempo. Entonces sabemos que vamos a concentrar nuestros esfuerzos en esos lugares, pero nos falta determinar cuándo y con qué medios vamos a actuar. Entonces, ésta es una acción discriminatoria que va determinando los centros de la acción y los momentos de la misma.

Es lo que permite establecer, dentro del gran panorama político y en todas las actividades políticas, lo que se refiere a tiempo y lo que se refiere a lugar. Ahí se determina

cuáles son las acciones principales en la política y cuáles son las secundarias. Entonces nosotros les dedicamos el esfuerzo secundario a todas las provincias, y a las más difíciles, que representan el objetivo principal les dedicamos los medios principales. Eso es todo lo que presupone la aplicación del principio de la economía de fuerzas en la conducción política. Ahora, señores, de este gran principio podemos llegar ya a la determinación del cuarto punto. El primero, es su enunciación, su comprensión y penetración. El segundo, determinar las bases, o sea tiempo y lugar. El tercer punto sería la determinación de los objetivos y de las acciones; cuáles son principales y cuáles son secundarias. Vendría después el cuarto punto, que es el método para la aplicación de este gran principio. La determinación de los objetivos principales y secundarios es lo que da el verdadero método de acción en la aplicación de los principios de la economía de fuerzas, vale decir, que se ha realizado toda una teoría en esto, que se denomina teoría

de los centros de gravedad.

Toda acción tiene un centro de gravedad. El centro de gravedad de la acción política es el lugar o el objetivo principal en el momento decisivo. Allí hay que concentrar las fuerzas. En la distribución de las fuerzas, de los medios, de las medidas y de las acciones hay que hacer que toda la fuerza política se concentre en ese lugar y en ese momento, constituyendo allí el centro de gravedad de nuestra acción. Esto conforma una teoría del empleo de las fuerzas. El empleo de la fuerza política no es un empleo mecánico, sino un empleo inteligente; no es una asignación arbitraria y discrecional, sino una dosificación perfecta de las fuerzas. No hay que poner ni un gramo de fuerza más donde no es necesaria, para poder concentrar todo el peso de la acción en un momento y en un lugar. A ese lugar y a ese momento los llamaremos, en este método a aplicar, el centro de gravedad. Es decir, que cuando se realiza la aplicación del principio de la economía de las fuerzas en la acción política, es necesario



establecer, como teoría del centro de gravedad, que para poder destinar a los lugares decisivos y en los momentos decisivos toda la fuerza de nuestra acción política es preciso no perder ningún hombre en lugares donde no es decisivo. Nunca se es suficientemente fuerte allí donde uno busca la decisión, y es preferible ser batido políticamente en los lugares secundarios, con tal que sepamos vencer en los lugares decisivos. ¿Qué nos importaría perder una elección en otras provincias, si ganamos en las más pobladas, donde está el núcleo principal?

Porque a esa acción, generalmente, también acompaña del otro lado un centro de gravedad en la importancia de los sectores que uno atiende. Esta teoría del centro de gravedad tiene una importancia muy grande en la elaboración de todo plan de acción, y nosotros hemos dicho que en la conducción política, si no se tiene un plan, no se hace nunca nada racional y bien hecho. Al hablar de todas estas cuestiones, nosotros lo hacemos dándoles solamente un carácter informativo, porque de esto podríamos hacer un desarrollo muy grande. Con tratar cada uno de los cuatro puntos que yo sólo he mencionado, podríamos ir al desarrollo de todo un curso sobre el principio de la economía de fuerzas, con ejemplos y aclaraciones de todo orden, que nos pusieran dentro de una técnica de acción. Pero, desgraciadamente, por razones de tiempo no lo podemos hacer. Lo que yo he buscado con esto es ir formando un criterio de la conducción científica, de una conducción racional y metódica sin la cual, en política, no se va lejos. Con la conducción por el buen sentido y por la buena orientación de los hombres que dirigen la acción política como caudillos, se puede llegar a cierto lugar, pero de ahí no se puede





pasar. La conducción en manos de gente de estas características es casi un oficio, y adonde nosotros la queremos llevar es a toda una profesión.

Es decir, no nos conformamos con ser hombres manualmente habilitados. No; queremos hacer una conducción de alto grado y de alto vuelo, y a esto se llega sólo cuando uno hace un estudio y una discriminación filosófica de todo el método y de todo el sistema, llegando profundamente a las raíces, que son las que orientan toda la conducción. Cuando uno quiere llegar a hacer de la conducción un verdadero arte, es necesario penetrar profundamente las bases sobre las cuales se monta la doctrina total de la conducción. El principio de la economía de fuerzas es, digamos así, el tronco. Todo lo demás son las ramas, las hojas y las raíces. Yo dije los otros días que quería dedicar por lo menos una clase a explicar este principio, mientras mencionábamos todos los demás principios que influyen en la conducción, porque a este principio es necesario penetrarlo profundamente, conocerlo, ejemplificarlo y dominarlo. Teóricamente, estos principios de la conducción no se pueden a veces explicar bien. En este sentido deben considerarse dichosos los hombres que trabajan con la ciencia, porque ellos se basan en leyes y con un enunciado tienen suficiente, mientras que nosotros, que no trabajamos con nada concreto, sino con cuestiones puramente abstractas, debemos ir conformando toda una mentalidad para encarar, enfrentar y resolver los problemas de la conducción. Lo concreto, en esto, es la conducción misma. Todo lo demás es abstracto. Yo quiero ampliar ahora algunas facetas, algunas distintas modulaciones, sobre la aplicación del principio de la economía de



fuerzas en la política. Este principio, en su aplicación, va desde las pequeñas cosas hasta las más grandes e importantes. En cualquier acto político que uno realiza, como asimismo en la vida diaria, es necesario aplicar el principio de la economía de fuerzas. Esto presupone que ese principio no se ha de aplicar puramente en forma reflexiva, sino que ha de aplicarse en forma inductiva, natural. Hay que llevar al hombre que conduce a la costumbre de proceder siempre así en la aplicación de este principio de la conducción. Los que hemos trabajado ya en varias actividades y que hemos ido sometiendo a este principio todas las acciones de nuestra vida, nos damos cuenta de que ya lo aplicamos directamente, como un acto reflejo de nuestra acción conductiva. Es una cosa que se aplica sin que uno se dé cuenta. Muchas veces, sin pensar, uno realiza una acción, pero después, cuando la analiza, piensa que ha aplicado bien el principio. A eso hay que

llegar. Si cada vez que uno tiene que realizar un acto de conducción debe pensar cómo aplicará el principio de la economía de fuerzas, se pierde en detalles de todo orden. Esto debe constituir algo así como una segunda naturaleza, en el que conduce, que le permita aplicarlo sin mencionarlo y sin pensar en él.

Vale decir, hay que disciplinar el propio espíritu de la conducción sobre un método de acción que lo lleva a uno en todos los casos y en todas las circunstancias a aplicar inconscientemente este gran principio. Solamente así uno asegura la posibilidad de conducir sin caer en grandes errores. Pequeños errores se cometen siempre en la conducción. El gran secreto está en no cometer los grandes errores, porque los que llevan al fracaso no son los pequeños errores, cuando hay grandes aciertos. Los que llevan a la derrota en las luchas políticas son los grandes errores, aun cuando los aciertos, aun-

que numerosos, sean pequeños. Esto hay que grabarlo bien, porque es la base de toda la acción de la política. Y perdonen que yo insista en esta cuestión en forma quizás un tanto exagerada. Determinado de manera general todo cuanto se refiere a la forma exterior de este gran principio, quiero hacer, como decía, algunas consideraciones sobre su aplicación, más o menos meditando la acción que debemos realizar nosotros durante esta campaña política, lo que ya es un tema más concreto. Allí se puede ver mejor la aplicación de este principio. Tomando el campo general, yo he dicho muchas veces que nosotros, en nuestra acción interna como internacional, no tenemos más que un problema, que es el problema internacional. El problema económico lo hemos resuelto. El problema social se ha resuelto solo, con la solución del problema económico.

Y el problema político para nosotros no existe en este momento, porque en cuanto a las reformas constitucionales, las hemos realizado y las vamos aplicando en base a nuestra Constitución Justicialista, y de acuerdo con eso vamos elaborando un cuerpo de leyes y códigos que se refieren a la aplicación de aquélla, de manera que todo eso sigue su normal y natural desarrollo, y no podemos pensar en su fracaso. También los hombres han ido cambiando poquito a poquito, y también se ha ido cambiando la mentalidad de nuestros hombres. Este es un proceso lento, que se va realizando por su cauce natural, sin violencias, sin fricciones y sin ningún otro medio que la preocupación permanente de comprobarlo en los hechos y de vigilarlo en la ejecución. En cuanto a la acción de nuestro movimiento peronista en el país, tampoco tenemos problema de



ninguna naturaleza. Él ha ido imponiéndose poco a poco, y sigue imponiéndose cada vez más, a pesar de la lucha enconada de ciertos sectores de la política argentina. Podemos decir que aquel capital inicial que tuvimos lo seguimos teniendo o lo hemos aumentado en la mayor parte de los lugares, de modo que no solamente contamos con ese enorme caudal, diremos, de hombres que comparten nuestra manera de pensar y de sentir, sino que también tenemos el concepto y el prestigio que nos han dado estos años de acción, en que habremos cometido algunos errores, pero no muy grandes como para llevarnos a la derrota o al desastre en la acción política.

En cuanto al hecho de la lucha comicial, nosotros no podemos temer nada. Ahora, con la incorporación de la mujer a la acción política, nuestra posibilidad aumenta, de manera que no tenemos ningún problema interno. Sobre todo, no tenemos ningún problema interno al cual tengamos que dedicarnos con todas nuestras energías para resolverlo. Pero tenemos el problema internacional; ése sí que es difícil. Es muy difícil, y es muy importante, porque el futuro del Justicialismo no depende solamente de la República Argentina, y tal vez habrá de resolverse en Europa. La decisión de todo lo que en el mundo pasa hoy se va a producir en Europa. Es lógico; el mundo vive una vida de dependencia y de relación extraordinaria. Esto nos ha permitido establecer que hoy el objetivo más importante y la acción principal de toda nuestra acción de gobierno están en la parte internacional más que en la interna. En 1946, lo decisivo era la parte interna, porque nosotros necesitábamos el predicamento de lo interno, que hoy tenemos. Debíamos ganarnos esto, porque de lo





contrario no teníamos nada que hacer; pero hoy lo hemos ganado, lo hemos impuesto, lo hemos dominado y lo vamos llevando cada vez mejor en todos los sentidos. Pero ahora el problema está afuera.

Observen ustedes, entonces, que el centro de gravedad ha pasado de lo interno a lo externo, para nosotros. Yo he de dedicar ahora a la acción internacional los principales medios, y a lo interno sólo los medios secundarios. Ustedes han de haber observado que en nuestras campañas de ideas vamos saliendo a enfrentar la acción exterior y abandonando poco a poco lo que tenemos concentrado en la acción interna. Eso tiene que ir aumentando cada día más, porque en un momento dado tal vez tengamos que afrontar todo un problema externo. Esta acción es algo que yo ya había previsto. Mi señora, que junta todos mis manuscritos viejos y algunas veces los saca del canasto diciendo que son para la historia, me ha hecho el favor de guardarme los papeles de algo que escribí en la mañana del 5 de junio de 1946, luego de haber pasado mi primera mala noche como gobernante, pensando en las cosas que tenía que resolver al día siguiente. En la acción común de los hechos políticos internos o externos, uno debe proceder aplicando también el principio de la economía de las fuerzas; es decir, que el hombre tiene, en el curso de su vida, un sinnúmero de circunstancias que le representan a veces momentos decisivos en los que tiene que tomar resoluciones muy importantes para su propia existencia.

Hay momentos en la vida de una persona en los que debe tomar resoluciones que van a durarle 10 ó 15 años, o tal vez todo el resto de su vida. No son frecuentes esos



momentos, pero cuando llegan es cuando el centro de gravedad de su vida le exige que se resuelva. El 5 de junio de 1946 yo creí que debía tomar una de las grandes decisiones de la cual dependería toda mi acción de gobierno, y en ese momento adopté una resolución que es la que me ha permitido mantener todo mi gobierno con un cierto grado de congruencia en la acción interna e internacional. En ese instante de mi vida estudié la situación y tomé la decisión que para mí era fundamental. Les voy a leer esto, que escribí hace cinco años, una mañana, después de haber pensado mucho durante toda la noche: Primero: cuando se viven tiempos de desbordados imperialismos, los Estados, como Hamlet, ven frente a sí el dilema de ser o no ser. Segundo: por eso, la cuestión más importante para el gobernante de hoy es decidirse a enfrentar al exterior, si quiere ser, o sacrificar lo interno, si renuncia a ser. Tercero: cuando defienda su independencia, haga respetar su soberanía y mantenga el grado de dignidad compatible con lo que debe ser una nación, deberá luchar duro con los déspotas y dominadores, soportando virilmente sus golpes.

Cuarto: cuando a todo ello renuncie, vivirá halagado por la falsa aureola que llega de lejos, no enfrentará la lucha digna, pero tendrá que enfrentar la explotación de su pueblo y su dolor, que golpearán implacablemente sobre su conciencia. Tendrá a menudo que recurrir al engaño para que lo tolere a su frente y renunciará a su independencia y soberanía, juntamente con su dignidad. Quinto: ésta es la primera incógnita que debo despejar en el gobierno de mi país delante mismo del pueblo. Sexto: yo me decidí por mi Pueblo y por mi Patria... Estoy

dispuesto a enfrentar la insidia, la calumnia y la difamación de los enemigos de adentro y de sus agentes de afuera. Como la mejor didáctica es el ejemplo, yo he querido enunciar este gran principio, citando los ejemplos que pueden contemplarse vívidamente en la acción misma, porque yo no soy como los antiguos teólogos, que decían: “haced lo que yo digo pero no lo que yo hago”.

Yo prefiero hablar sobre mis propios aciertos o mis propios desaciertos, que yo no puedo juzgar y que juzgarán, seguramente el tiempo y los hombres que nos sigan a nosotros. El momento que estamos viviendo yo ya lo había previsto en 1946 y he tomado todas las medidas para enfrentar esta situación que representa el centro de gravedad de nuestra acción. Me he permitido, hasta ahora, dedicar siempre el centro de gravedad de mi acción al orden interno lo que me ha traído el éxito en el interior. Ahora yo puedo aprovechar ese éxito en lo interno para dedicar el centro de gravedad a la acción internacional. Yo me despreocupo ahora de lo interno dejándolo a cargo de nuestra gente, para enfrentar al exterior, sin miedo de que nadie nos tire del saco desde adentro. En el orden internacional está actualmente el centro de gravedad, porque ése es el único problema que no hemos podido solucionar y que no lograremos solucionar hasta que se plantee en forma bien determinada. Tomar hoy soluciones definitivas en ese problema sería anticiparnos y obrar prematuramente. Hay que dejar que eso vaya madurando con una observación y preparación inteligente para poder llegar así al momento decisivo, al momento oportuno, con todas las fuerzas en las manos y poder así hacer nuestra voluntad. Todo esto no es





otra cosa que la aplicación del principio: dar el golpe efectivo en el momento efectivo y en el lugar efectivo. Porque la lucha en el orden internacional es exactamente igual a la lucha en el orden interno. Se trata siempre de la lucha de dos voluntades contrapuestas. Vale más el que emplea mejor los medios en la acción política o en la lucha.

La conducción, en el orden internacional, es igual que en el orden interno: es una misma lucha. Y en estos tiempos, más, porque son luchas ideológicas, en que tiene una dependencia extraordinaria, un alto grado de dependencia, lo interno de lo internacional, y lo internacional de lo interno. Si nosotros, en estos momentos, entregásemos nuestro país para el esfuerzo guerrero, no tendríamos problema en lo internacional. Pero se me daría vuelta la batea en lo interno, y el "lío" lo tendríamos adentro. Tal es el grado de dependencia que en nuestros días ha adquirido el problema interno respecto al

internacional. Lo importante es no equivocarse en cuál es el objetivo principal y cuál el secundario. "Dónde y cuándo", ése es todo el secreto, en mi concepto. Cuando las circunstancias son muy adversas, a pesar de acertar uno el lugar y el momento, le dan un mamporro. ¡Y bueno: éstas también son cosas de la lucha! En la lucha, uno nunca está seguro. Esto es como el que anda en un alambre carril, hasta que llega a la plataforma: puede llegar o no a ella. Y si llega, en seguida sigue otro alambre. Así es la vida; así es la lucha. Tiene momentos seguros, que duran muy poco tiempo, para volver después a realizar la marcha insegura por mucho tiempo. El que no se sacrifica, digamos así, a aceptar esas situaciones, es mejor que no se meta en la lucha. La lucha es para los hombres que aguantan. Los que no aguantan es mejor que no luchen. También se puede vivir sin luchar. En esto hay que ver ahora, discriminado, el gran pro-

blema. En esa acción internacional, ¿dónde está su propio centro de gravedad? Nosotros vamos descartando lo interno, que es secundario, porque ya tenemos vencido y sobrepasado este problema. Vamos a lo internacional, que es el teatro principal de nuestra acción en este momento.

¿Dónde está el centro de gravedad de todo ese inmenso panorama internacional? Algunos dicen que es una lucha de dos imperialismos; unos dicen: ¿Por qué no nos arreglamos con éstos? Uno lo oye decir todos los días. Otros dicen: No los exacerbemos a los otros. Todo eso es secundario. Hay que establecer un objetivo que sea prin-

cipal para nosotros. Ese objetivo principal, en mi concepto, es el siguiente: se ha de producir una guerra en la que un imperialismo va a vencer y el otro va a ser derrotado, pero ninguno de los dos, ni el vencedor ni el vencido, va a ganar la guerra. En la guerra moderna pierden todos; el vencido, miserable y hambriento, tiene que ser alimentado por el vencedor, porque de lo contrario se muere de hambre. Ésa es la guerra de nuestro tiempo. Esto conforma una situación sui géneris. Hay que hacer una política que no nos vaya llevando hacia esa acción. Por razones políticas, ideológicas, geográficas y estratégicas, nosotros no podemos entrar a





favor del comunismo. De modo que, descartado eso, nosotros ya determinamos en dónde está nuestro centro de gravedad en la acción: en el frente occidental. Nosotros vamos a formar parte del frente occidental, y lo que se avecina va a ser una lucha entre el frente occidental y el oriental. Como nosotros estamos en uno de ellos, tenemos determinado allí el gran espacio en donde vamos a actuar. Pero nosotros tenemos que actuar con una gran prudencia. Todo esto, señores, en la forma que yo lo entiendo, es la aplicación, pura y exclusivamente, en toda la técnica de la acción, del principio de la economía de fuerzas.

Yo busco por todos los medios accionar en forma de ser superior en el lugar y en el momento oportuno. Si eso se consigue, la acción generalmente se inclina a favor de uno, salvo que la fatalidad lo haga fracasar.

Y el día que eso sucede es porque Dios lo ha abandonado a uno, y entonces es mejor irse a su casa y dejar que venga otro que tenga mejor estrella y Dios lo siga ayudando. A los hombres les pasa, como le pasó al más grande de los conductores, a Napoleón, que si se hubiera retirado un poco antes de Waterloo, no hubiera terminado en la isla de Santa Elena. Estas cuestiones son muy importantes y hay que estudiarlas y resolverlas muy fríamente. He tratado de desarrollar algunas consideraciones respecto a este asunto, y no sé si habré conseguido lo que me propuse, es decir, llegar a la comprensión de ustedes en una cosa tan difícil como es exponer algo tan abstracto. He tratado de ponerles un ejemplo general y grande de esa acción, para que tengan una idea general.





CONTRAPUNTO

Perón lo cita con claridad a Mao: *«Lo primero que el hombre ha de discernir cuando conduce es establecer claramente cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos»*.

La historia de los pueblos es la historia de sus luchas. Para luchar necesitamos saber quién es el amigo y quién es el enemigo. Mao lo sintetizó, Perón lo aprendió en la práctica.

En el '46, la definición era brutalmente clara: **“Braden o Perón”**. Braden era el Imperio, la oligarquía cipaya, la entrega. El enemigo tenía nombre y apellido.

El “comunismo” en ese momento, para Perón, era un enemigo secundario, un aliado táctico de ese Imperio en su “contubernio” para frenar la Revolución Justicialista.

Pero después del '55, con la proscripción y el exilio, el mapa se corrió. La “Tercera Posición” se quedó chica. Ahí, Perón tuvo la inteligencia estratégica de redefinir al amigo.

El punto de encuentro con Mao no fue la doctrina, fue el Enemigo principal: el Imperialismo. En la carta del '65, Perón le dice a Mao que son “coincidentes en lo fundamental”. Lo fundamental era el antiimperialismo.

La Guerra Prolongada, la Liberación Nacional. El peronismo, en su resistencia, encontró en el maoísmo un método y un aliado global contra el enemigo común.

Hoy, esa lección es más vigente que nunca. La dicotomía simplona “izquierda vs. derecha” es una trampa que nos quita creatividad para organizar el campo popular.

Hoy, como ayer, la disyuntiva es de una crudeza total: Patria o Anti-patria, una pulseada en la que se juega la entrega irrestricta de nuestros recursos, la soberanía mancillada y el hambre de nuestro pueblo. El enemigo tiene nuevos nombres, pero es el mismo de siempre.

DEMO
cracia

Agencia de la Propiedad Inmobiliaria 97 81 68
FISCHMAN 708 — Buenos Aires
Teléfonos: 33 Avenida 9907 y 3632

SABINI, 25 de febrero, 1946

Ud. Votará Mañana Contra:

Braden, el Jockey Club, el Círculo de Armas,
la Unión Industrial, la Bolsa de Comercio,
la Sociedad Rural, los Latifundistas.
el Gran Capitalismo, la Prensa
Subvencionada y por la

Argentina que Nace con

Perón

sin Corrupción y sin Pobreza .

BRADEN O PERÓN



Discurso en acto de proclamación de su candidatura

12 de Febrero de 1946

Llego a vuestra presencia con la emoción que me produce sentirme confundido entre este mar humano de conciencias honradas; de estas conciencias de criollos auténticos que no se doblan frente a las adversidades, prefieren morir de hambre antes que comer el amargo pan de la traición.

Llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social, sino que los mismos ideales sostienen nuestros hermanos de toda la vastedad de nuestra tierra gaucha. Vengo conmovido por el sentimiento unánime manifestado a través de campos, montes, ríos, esteros y montañas; vengo conmovido por el eco resonante de una sola voluntad colectiva; la de que el pueblo sea realmente libre, para que de una vez por

todas quede libre de la esclavitud económica que le agobia. Y aún diría más: que le agobia como antes le ha oprimido y que si no lograra independizarse ahora, aún le vejaría más en el porvenir. Le oprimiría hasta dejar a la clase obrera sin fuerzas para alcanzar la redención social que vamos a conquistar antes de quince días.

En la mente de quienes concibieron y gestaron la Revolución del 4 de Junio estaba fija la idea de la redención social de nuestra Patria. Este movimiento inicial no fue una «militarada» más, no fue un golpe «cuartelero» más, como algunos se complacen en repetir; fue una chispa que el 17 de octubre encendió la hoguera en la que han de crepitar hasta consumirse los restos del feudalismo que aún asoma por tierra americana.

Porque hemos venido a terminar con una moral social que permitía que los trabajadores tuviesen para comer sólo lo que se les diera por voluntad patronal y no por deber impuesto por la justicia distributiva, se acusa a nuestro movimiento de ser enemigo de la libertad. Pero yo apelo a vuestra conciencia, a la conciencia de los hombres libres de nuestra Patria y del mundo entero, para que me responda honestamente si oponerse a que los hombres sean explotados y envilecidos obedece a un móvil liberticida.

No debemos contemplar tan sólo lo que pasa en el «centro» de la ciudad de Buenos Aires; no debemos considerar la realidad social del país como una simple prolongación de las calles centrales bien asfaltadas, iluminadas y civilizadas; debemos considerar la vida triste y sin esperanzas de nues-

tros hermanos de tierra adentro, en cuyos ojos he podido percibir el centelleo de esta esperanza de redención.

Por ellos, por nosotros, por todos juntos, por nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos debemos hacer que, ¡por fin!, triunfen los grandes ideales de auténtica libertad que soñaron los forjadores de nuestra independencia y que nosotros sentimos palpar en lo más profundo de nuestro corazón.

Cuando medito sobre la significación de nuestro movimiento, me duelen las desviaciones en que incurren nuestros adversarios. Pero mucho más que la incompreensión calculada o ficticia de sus dirigentes, me duele el engaño en que viven los que de buena fe les siguen por no haberles llegado aún la verdad de nuestra causa. Argentinos como nosotros, con las virtudes



propias de nuestro pueblo, no es posible que puedan acompañar a quienes los han vendido y los llevan a rastras, de los que han sido sus verdugos y seguirán siéndolo el día de mañana. Los pocos argentinos que de buena fe siguen a los que han vendido la conciencia a los oligarcas, sólo pueden hacerlo movidos por las engañosas argumentaciones de los «habladores profesionales». Estos vociferadores de la libertad quieren disimular, alucinando con el brillo de esta palabra, el fondo esencial del drama que vive el pueblo argentino.

Porque la verdad verdadera es esta: en nuestra Patria no se debate un problema entre «libertad» o «tiranía», entre Rosas y Urquiza; entre democracia y totalitarismo. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la «justicia social» y la «injusticia social».

Quiero dejar de lado a los provocadores a sueldo; a las descarriadas jovenzuelas que en uso de la libertad han querido imponer el uso del símbolo monetario en el pecho de damas argentinas cuya imposición rechazaban en uso de la propia libertad; a los pocos estudiantes que han creído «descender» de su posición social si se solidarizaban con el clamor de los hombres de trabajo, sin reflexionar que únicamente su «trabajo» será lo que en el futuro llegará a ennoblecer su paso por la vida; quiero también dejar de lado a los resentidos, a cuantos creyéndose seres excepcionales creían que el favor y la amistad personal podían más que el esfuerzo lento y constante de cada día y el espíritu de sacrificio ante los embates de la adversidad; quiero dejar de lado todo lo negativo, lo





interesado, lo mezquino, para dirigirme a los hombres de buena voluntad que aún no han comprendido la esencia de la revolución social, cuyas serenas páginas se están escribiendo en el Libro de la Historia Argentina, y decirles: «Hermanos: con pensamiento criollo, sentimiento criollo y valor criollo, estamos abriendo el surco y sembrando la semilla de una Patria libre, que no admita regateos de su soberanía, y de unos ciudadanos libres, que no sólo lo sean políticamente sino que tampoco vivan esclavizados por el patrón. Síguenos; tu causa es nuestra causa; nuestro objetivo se confunde con tu propia aspiración, pues sólo queremos que nuestra Patria sea socialmente justa y políticamente soberana».

Para alcanzar esta altísima finalidad no nos hemos valido ni nos valdremos jamás de otros medios que aquellos que nos otorgan la Constitución (para la restauración de cuyo imperio empené mi palabra, mi voluntad y mi vida) y las leyes socialmente justas que poseemos o que los órganos legislativos naturales nos otorguen en lo futuro. Para alcanzar esta altísima finalidad no necesitamos recurrir a teorías o métodos extranjeros; ni a los que han fracasado ni a los que hoy pretenden imponerse, pues como dije en otra oportunidad, para lograr que la Argentina sea políticamente libre y socialmente justa, no basta con ser argentinos y nada más que argentinos. Bastará que dentro del cuadro histórico y constitucional el mecanismo de las leyes se emplee como un medio de progresar, pero de progresar todos, pobres y ricos, en vez de hacerlo solamente éstos a expensas del trabajador.

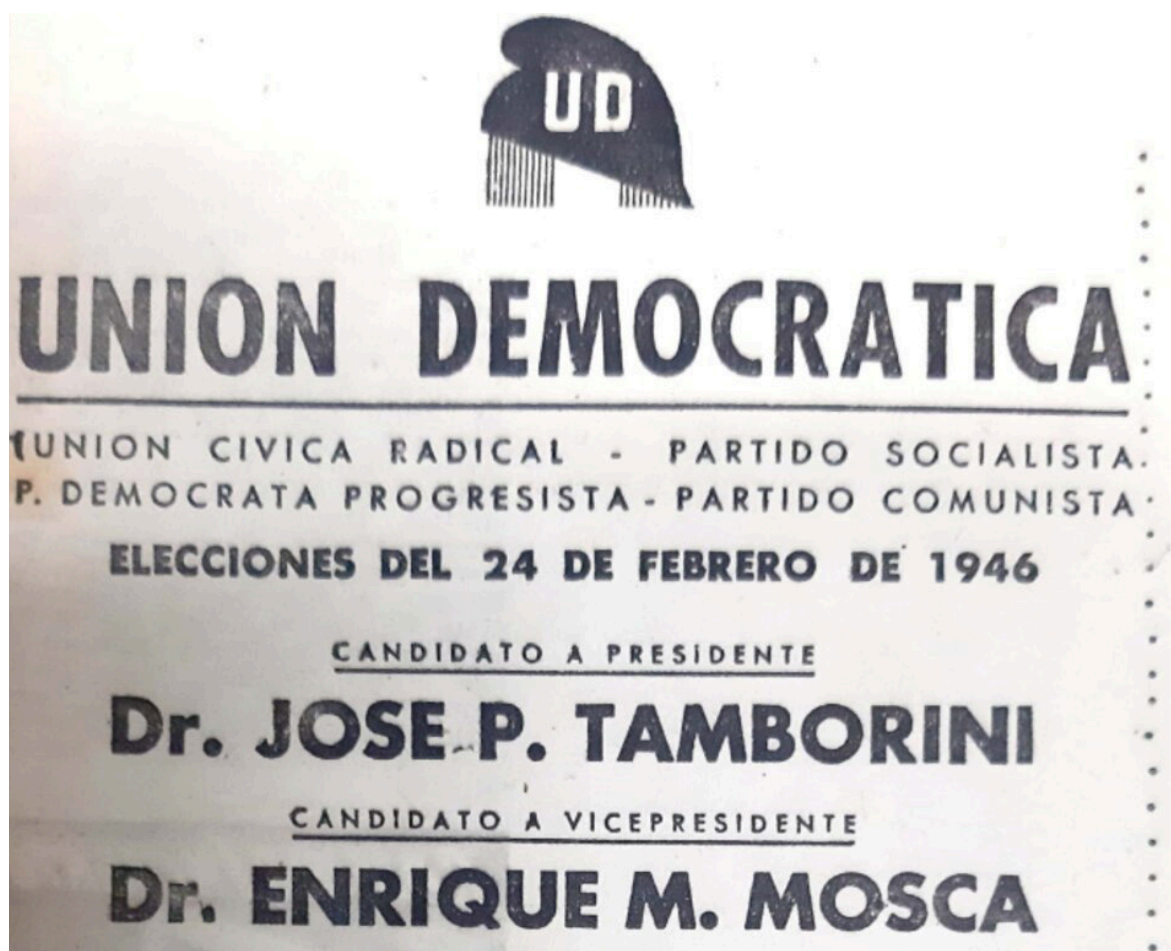
En el escaso tiempo que intervine directamente en las relaciones entre el capital y el trabajo, tuve oportunidad de expresar el pensamiento que regiría mi acción. Fueron señalados los objetivos a conseguir y expuestas con claridad las finalidades que nos proponíamos. En este plan de tareas y en las motivaciones que le justifican, recogióse el clamor de la clase obrera, de la clase media y de los patronos que no tienen contraídos compromisos foráneos. Y aún añadiré que éstos no tuvieron inconveniente en acompañarnos mientras creyeron que nuestra dignidad podía corromperse entregándoles la causa obrera a cambio de un cheque con menor o mayor número de ceros, tanto más cuanto mayor fuese nuestra felonía. Pero se equivocaron de medio a medio, porque ni yo ni ningu-

no de mis leales dejó de cumplir los dictados de la decencia, de la hombría y de la caballerosidad. Ligada nuestra vida a la causa del pueblo, con el pueblo compartiremos el triunfo o la derrota.

Las consecuencias ya las conocéis. Comenzó la «guerra» de las solicitadas; siguió la alianza con los enemigos de la Patria; continuó la campaña de difamación, de ultrajes, y de mentiras, para terminar en un negocio de compraventa de políticos apolillados y aprendices de dinamiteros a cambio de un puñado de monedas.

No tengo que deciros quiénes son los «sindicarios señorones» que han comprado, ni «los Judas que se han vendido». Todos los conocemos y hemos visto sus firmas puestas en el infamante documento. Quiero decir solamente que esta infamia





es tan sacrílega como la del Iscariote que vendió a Cristo, pues en esta sucia compraventa fue vendido otro inocente: el pueblo trabajador de nuestra querida Patria.

Y advertí que esto, que es gravísimo, aún no constituye la infamia mayor. Lo incalificable, por monstruoso, es que los «caballeros que compraron a políticos» no se olvidaron de documentar fehacientemente la operación para sacarle buen rédito al capital que invertían. Seguros de que hacían una buena operación financiera, la documentaron bancariamente para que el día de mañana, si resultaran «triunfantes» sus gobernantes títeres, los tendrían prisioneros y podrían obligarlos a derogar la legislación del trabajo e impedir cuanto

significara una mejora para la clase trabajadora, bajo amenaza de publicar la prueba de su traición.

Una tempestad de odio se ha desencadenado contra los «descamisados» que sólo piden ganarse honradamente la vida y poder sentirse libres de la opresión patronal y de todas las fuerzas oscuras o manifestadas que respaldan sus privilegios. Esta tempestad de odios se vuelca en dictorios procaces contra nosotros, procurando enlazar nuestras acciones y nuestros más preciados ideales. De tal manera nos han atacado que si hubiéramos tenido que contestar una a una sus provocaciones, no habríamos tenido tiempo bastante para construir lo poco que hemos podido rea-

lizar en tan escaso tiempo. Pero debemos estarles agradecidos porque no puede haber victoria sin lucha. Y la victoria que con los brazos abiertos nos aguarda, tendrá unas características análogas a la que tuvo que conquistar el gran demócrata norteamericano, el desaparecido presidente Roosevelt, que a los cuatro años de batallar con la plutocracia confabulada contra sus planes de reforma social, pudo exclamar después de su primera reelección, en el acto de prestar juramento el día 20 de enero de 1937: «En el curso de estos cuatro años, hemos democratizado más el poder del gobierno, porque hemos empezado a colocar las potencias autocráticas privadas en su lugar y las hemos subordinado al gobierno del pueblo. La leyenda que hacía invencibles a los oligarcas ha sido destruida. Ellos nos lanzaron un desafío y han sido vencidos».

Creo innecesario extenderme en largas

disquisiciones de índole política. La historia de los trabajadores argentinos corre la misma trayectoria que la libertad. La obra que he realizado y lo que la malicia de muchos no me ha dejado realizar, dice bien a las claras cuáles son mis firmes convencimientos. Y si nuestros antecedentes no bastan para definirnos, nos definen, por interpretación inversa, las palabras y las actitudes de nuestros adversarios. Con decir que en el aspecto político somos absolutamente todo lo contrario de lo que nos imputan, quedaría debidamente establecida nuestra ideología y nuestra orientación. Y si añadimos que ellos son lo contrario de lo que fingen, habremos presentado el verdadero panorama de los términos en que la lucha electoral está entablada.

Tachar de totalitarios a los obreros argentinos es algo que se sale de lo absurdo para caer en lo grotesco. Precisamente han sido las organizaciones obreras que me





apoyan, las que durante los últimos años han batallado en defensa de los pueblos oprimidos contra los regímenes opresores, mientras que eran (aquí como en todas partes del mundo, sin excluir los países que han hecho la guerra, salvo Rusia) la aristocracia, la plutocracia, la alta burguesía, el capitalismo, en fin, y sus secuaces, quienes adoraban a las dictaduras y repelían a las democracias. Seguían esta conducta cuando pensaban que las dictaduras defendían sus intereses y las democracias los perjudicaban, por no ser un muro suficiente de contención frente a los avances del comunismo. Si mis palabras requiriesen una prueba, podría ofrecerla bien concluyente en las colecciones de los diarios de la oligarquía que ahora se estremecen ante cualquier presunto atentado a las esencias

democráticas y liberales, pero que tuvieron muy distinta actitud cuando el problema se planteaba en otros pueblos. Y si la prueba no fuese todavía categórica, remitiría el caso el examen de la actuación, de los partidos políticos que han gobernado en los últimos tiempos, y cuyos pronombreres, actuando de vestales un tanto caducas y mucho recompuestas, quieren ahora compatibilizar sus alardes democráticos puramente retóricos con la realidad de sus tradicionales fraudes electorales, de sus constantes intervenciones a los gobiernos de las provincias, con el abuso del poder en favor de los oligarcas y en contra de los desheredados.

¿Dónde está, pues, el verdadero sentimiento democrático y de amor a las libertades, si no es en este mismo pueblo que

me alienta para la lucha? No deja de ser significativo que los grupos oligárquicos disfrazados de demócratas, unan sus alaridos y sus conductas a esos mismos comunistas que antes fueron (por el terror que les inspiraba) la causa de sus fervores totalitarios, y a quienes ahora dedican las mejores de sus sonrisas. Como es igualmente espectáculo curioso, observar el afán con que esos dirigentes comunistas proclaman su fe democrática, olvidando que la doctrina marxista de la dictadura del proletariado y la práctica de la Unión Soviética (orgullosamente exaltada por Molotov en discursos de hace pocos meses) son eminentemente totalitarias. Pero, ¡que le vamos a hacer! Los comunistas argentinos son flacos de memoria y no se acuerdan tampoco que cuando gobernaban los partidos que se titulan demócratas, ellos tenían que vivir en la clandestinidad, y que sólo han salido de ella para alcanzar la personería jurídica cuando se lo ha permitido un gobierno, del cual yo formaba parte, pese a la incompatibilidad que me atribuyen con los

métodos de libertad.

El contubernio al que han llegado es sencillamente repugnante y representa la mayor traición que se ha podido cometer contra las masas proletarias. Los partidos comunistas y socialistas que hipócritamente se presentan como obreristas pero que están sirviendo a los intereses capitalistas, no tienen inconvenientes en hacer la propaganda electoral con el dinero entregado por la entidad patronal. ¡Y todavía se sorprenden de que todavía los trabajadores de las provincias del norte, que viven una existencia miserable y esclavizada, en beneficio de un capitalismo absorbente que cuenta con el apoyo de los partidos, que frecuentemente dirigen los mismos patrones (recuerdo con tal motivo a Patrón Costas y a Michel Torino), hayan apedreado el tren en que viajaba un conglomerado de hombres que, en el fondo, lo que quieren es prolongar aquellas situaciones! Usando de una palabra que a ellos les gusta mucho, podríamos decir que son los verdaderos representantes del continuismo; pero del



continuismo con la política de esclavitud y miseria de los trabajadores.

Hasta aquí me he referido a vuestra posición netamente democrática. Permittedme aludir, siquiera sea brevemente, a la mía. No me importan las palabras de los adversarios y mucho menos sus insultos. Me basta con la rectitud de mi proceder y con la noción de nuestra confianza. Ello me permite aseverar, modestamente, sencillamente, llanamente, sin ostentación ni gritos, sin necesidad de mesarme de los cabellos ni rasgarme las vestiduras, que soy demócrata en el doble sentido político y económico del concepto, porque quiero que el pueblo, todo el pueblo (en esto sí que soy «totalitario»), y no una parte ínfima del pueblo se gobierne a sí mismo y

porque deseo que todo el pueblo adquiriera la libertad económica que es indispensable para ejercer las facultades de autodeterminación. Soy, pues, mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia, la forma externa de la democracia. Yo pretendo que un mejor estándar de vida ponga a los trabajadores, aún a los más honestos, a cubierto de las coacciones de los capitalistas; y ellos quieren que la miseria del proletariado y su desamparo estatal les permita continuar sus viejas mañas de compra y de usurpación de las libretas de enrolamiento. Por lo demás, es lamentable que a mí, que he propulsado y facilitado la vuelta a la normalidad, que me he situado en po-



sición de ciudadano civil para afrontar la lucha y que he despreciado ocasiones que se me venían a la mano para llegar al poder sin proceso electoral, se me imputen propósitos inconstitucionales, presentes o futuros. Y es todavía más lamentable que esas acusaciones sean hechas por quienes, a título de demócratas, no saben a qué arbitrio acudir o a qué militar o marino volver los ojos para evitar unas elecciones en que se saben derrotados, no porque vaya a haber fraude, sino porque no lo va a haber, o, mejor dicho, porque ya no tienen ellos a su disposición todos los elementos que antes usaban para ganar fraudulentamente los comicios. Vienen reclamando desde hace tiempo elecciones limpias, pero cuando llegan a ellas, se asustan del procedimiento democrático.

Por todas esas razones no soy tampoco de los que creen que los integrantes de la llamada Unión Democrática han dejado de llenar su programa político -vale decir, su democracia como un contenido económico-. Lo que pasa es que ellos están defendiendo un sistema capitalista con perjuicio o con desprecio de los intereses de los trabajadores, aún cuando les hagan las pequeñas concesiones a que luego habré de referirme; mientras que nosotros defendemos la posición del trabajador y creemos que sólo aumentando enormemente su bienestar e incrementando su participación en el Estado y la intervención de éste en las relaciones del trabajo, será posible que subsista lo que el sistema capitalista de libre iniciativa tiene de bue-

no y de aprovechable frente a los sistemas colectivistas. Por el bien de mi Patria, quisiera que mis enemigos se convenciesen de que mi actitud no sólo es humana, sino que es conservadora, en la noble aceptación del vocablo. Y bueno sería, también, que desechasen de una vez el calificativo de demagógico que se atribuye a todos mis actos, no porque carezcan de valor constructivo ni porque vayan encaminados a implantar una tiranía de la plebe (que es el significado de la palabra demagogia), sino simplemente porque no van de acuerdo con los egoístas intereses capitalistas, ni se preocupan con exceso de la actual «estructura social», ni de lo que ellos, barriendo para adentro, llaman «los supremos intereses del país», confundiendo con los suyos propios.

Personalmente, prefiero la idea defendida por Roosevelt (y el testimonio no creo que pueda ser recusado) de que la economía ha dejado de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio de solucionar los problemas sociales. Es decir, que si la economía no sirve para llevar el bienestar a toda la población y no a una parte de ella, resulta cosa bien despreciable. Lástima que los conceptos de Roosevelt a este respecto fueran desbaratados por la Cámara... y por la «Antecámara»..., es decir, por los organismos norteamericanos equivalentes a nuestra Unión Industrial, Bolsa de Comercio y Sociedad Rural. Y conste, asimismo, que Roosevelt distaba mucho de ser, ni en lo social ni en lo político, un hombre avanzado.

Por eso, cuando nuestros enemigos hablan de democracia, tienen en sus mentes la idea de una democracia estática, quiero decir, de una democracia sentada en los actuales privilegios de clase. Como los órganos del Estado y el poder del Estado, la organización de la sociedad, los medios coactivos, los procedimientos de propaganda, las instituciones culturales, la libertad de expresión del pensamiento, la religión misma, se hayan bajo su dominio y a su servicio exclusivo, pueden echarse tranquilos en brazos de la democracia, pues saben que la tienen dominada y que servirá de tapaderas a sus intereses. Precisamente en esa situación está basado el concepto revolucionario marxista y la necesidad que señalan de una dictadura proletaria. Pero si como ha sucedido en la Argentina y en virtud de mi campaña, el elemento trabajador, el obrero, el verdadero siervo de la gleba, el esclavizado peón del surco norteño, alentado por la esperanza de una vida menos dura y de un porvenir más risueño para sus compañeras y para sus hijos, sacuden su sumisión ancestral, reclaman como hombres la milésima parte de las mejoras a que tienen derecho, ponen en peligro la pacífica y tradicional digestión de los poderosos y quieren manifestar su fuerza y su voluntad en unas elecciones, entonces, la democracia, aquella democracia capitalista, se siente estremecida en sus cimientos y nos lanza la imputación del totalitarismo. De este modo llegaríamos a la conclusión de que el futuro Congreso representará un régimen democrático si triunfan los privilegios de la clase hasta ahora dominante y que representará un régimen dictatorial





si, como estoy seguro, triunfan en las elecciones las masas de trabajadores que me acompañan por todo el país.

Más no importan los calificativos. Nosotros representamos la auténtica democracia, la que se asienta sobre la voluntad de la mayoría y sobre el derecho de todas las familias a una vida decorosa, la que tiende a evitar el espectáculo de la miseria en medio de la abundancia, la que quiere impedir que millones de seres perezcan de hambre mientras que centenares de hombres derrochan estúpidamente su plata. Si esto es demagogia, sintámonos orgullosos de ser demagogos y arrojémosles al rostro la condenación de su hipocresía, de su egoísmo, de su falta de sentido humano y de su afán lucrativo que va desangrando la vida de la Nación. ¡Basta ya de falsos demócratas que utilizan una idea grande para servir a su codicia! ¡Basta ya de exaltados constitucionalistas que sólo aman la Constitución en cuanto les ponga a cubierto de las reivindicaciones proletarias! ¡Basta ya de patriotas que no tienen reparo en utilizar el pabellón nacional para cubrir averiadas mercancías, pero que se escandalizan cuando lo ven unido a un símbolo del trabajo honrado!

Nuestra trayectoria en el terreno social es igualmente clara que el político. Desde que a mi iniciativa se creó la Secretaría de Trabajo y Previsión, no he estado preocupado por otra cosa que por mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la población asalariada. Para ello era menester el instrumento de actuación y la Secretaría de Trabajo y Previsión resultó un vehículo insuperable a los fines perseguidos.

La medida de la eficacia de la Secretaría de Trabajo y Previsión nos la da tanto la adhesión obrera como el odio patronal. Si el organismo hubiese resultado inocuo, les tendría sin cuidado y hasta es posible que muchos insospechados fervores democráticos tuvieran un tono más bajo. Y es bien seguro que muchos hombres que hasta ayer no ocultaron sus simpatías hacia las dictaduras extranjeras o que sirvieron a otros gobiernos de facto en la Argentina, no habrían adoptado hoy heroicas y espectaculares posicionesseudodemocráticas. Si el milagro de la transformación se ha producido, ha sido sencillamente porque la Secretaría de Trabajo ha dejado de representar un coto cerrado sólo disfrutable por la plutocracia y por la burguesía. Se acabaron las negativas de los patronos a concurrir a los trámites conciliatorios promovidos por los obreros; se puso in a la amistosa mediación de los políticos, de grandes señores y de poderosos industriales, para lograr que la razón del obrero fuese atropellada. La Secretaría de Trabajo hizo justicia estricta, y si en muchas ocasiones se inclinó hacia los trabajadores, lo hizo porque era la parte más débil en los conflictos. Esta posición espiritual de la autoridad es lo que han tolerado los elementos desplazados de la hegemonía que venían ejerciendo, y esa es la clave de su oposición al organismo creado. A eso es lo que llaman demagogia. Que el empleador burle al empleado, representa para ellos labor constructiva de los principios democráticos; pero que el Estado haga justicia a los obreros, constituye pura anarquía.

Creo que en esa subversión de las par-



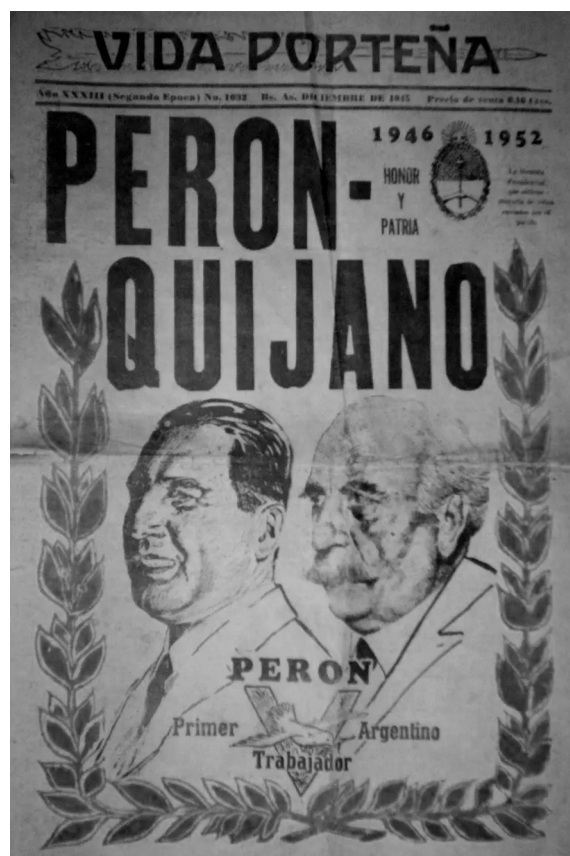


tes en conflicto se encuentra la verdadera obra revolucionaria que hemos realizado y que por su efecto psicológico tiene mayor valor y más amplia trascendencia que todas las demás. Esa es la causa de que todos los arranques se dirijan contra la Secretaría de Trabajo y por eso el empeño de destruirla. No a otra cosa obedecen los rugidos de satisfacción que han lanzado el capitalismo, su prensa y sus servidores cuando en una reciente sentencia la Suprema Corte de la Nación ha declarado la inconstitucionalidad de las delegaciones regionales. Porque la verdad es que esa decisión adoptada pocos días antes de las elecciones trata de asestar un rudo golpe a la Secretaría de Trabajo y Previsión y constituye un primer paso para deshacer las mejoras sociales que lograron los trabajadores. El respeto a las decisiones judiciales no excluye el derecho de comentar y de discutir sus fallos, mucho menos cuanto mayores sean las innovaciones que se hagan a la libertad y a la democracia. Ya llegará, pues, el momento de discutir cuáles son las competencias que en relación al derecho del trabajo corresponden a la nación y cuáles las que son atributo de las provincias. Hasta será fácil demostrar -por opinión de tratadistas muy del gusto oligárquico- que la Suprema Corte, tan rigorista y tan equivocada en esta ocasión respecto a las facultades de aplicación de las leyes del trabajo, ha consentido y aprobado que la nación venga invadiendo desde hace muchos años la protesta legislativa de las provincias. Y conteste que esta parte encuentro acertada su posición, porque las normas del trabajo que tienden a la inter-

nalización deben ser nacionales. Lo que no admito es la dualidad de criterio, cuya motivación no me interesa de momento. Si alguien quiere encontrar la aplicación, tal vez la halle en una obra de Renard. Ofrezco la cita a mis enemigos socialistas y doy por descontado que entre ellos o entre las asociaciones profesionales pseudodemocráticas, se propiciará la iniciación de una nueva causa por desacato y hasta es posible que se tome pretexto de ello para ver si hay militares o marinos que lleguen a tiempo para impedir nuestro triunfo electoral.

Ya sé que cuando se habla de mi obra social, los adversarios sacan a relucir la que ellos han realizado. Examinemos brevemente esa cuestión. Es verdad que los legisladores argentinos han dictado leyes sociales a tono con las de otros países. Pero se ha hecho dentro de un ámbito meramente proteccionista, sin atacar los problemas de su esencia. Meras concesiones que se iban obteniendo del capitalismo a fin de no forzar las cosas excesivamente e ir distrayendo a los obreros y a sus organizaciones en evitación de reacciones excesivas y violentas. Reparación de accidentes de trabajo que muy poco reparan y que prolongan la agonía del incapacitado. Insignificantes indemnizaciones por despido que ninguna garantía representan para el trabajador injustamente despedido, víctima del abuso de un derecho domical propio de la Edad Media. Mezquinas limitaciones en la duración de las jornadas y en la duración del descanso retribuido. Y, por otra parte, inexistencia de toda protección para los riesgos de desocupación, enfermedad y para la casi totalidad de los sala-

rios, invalidez, vejez y muerte. Régimen de salarios de hambre y de viviendas insalubres. ¿Para qué seguir la relación? Frente a tal estado de cosas, nuestro programa tiende a cubrir todos los riesgos que privan o disminuyen al trabajador en su capacidad de ganancia. Prohibición del despido sin causa justificada; proporcionar a todos los trabajadores el estándar de vida que dignifique su existencia y la de sus familiares. Y, sobre todo esto, las grandes concepciones verdaderamente revolucionarias; tendencia a que la tierra sea a quien la trabaje; supresión de los arrendamientos rurales; limitación de las ganancias excesivas y participación de los trabajadores en los beneficios de la industria. A este respecto, debo consignar que cuando lancé la idea, todas las «fuerzas vivas» y sus satélites nos arro-





jaron el consabido anatema. La proposición era netamente demagógica. Se iba a la ruina de la sacrosanta economía nacional. Pero los últimos cables nos anuncian que en Estados Unidos se estudia el sistema de participación en los beneficios como me-

dio de atajar los graves conflictos obreros que se han presentado, llegando a fijar en un 25 por ciento el monto de esta participación. Esperemos que con el beneplácito estadounidense, ya no parecerá el intento tan descabellado a nuestros grandes economistas y financieros, serviles imitadores de las modas extranjeras o mansos cumplidores de las órdenes que les llegan desde afuera.

Brevemente me referiré a las ideas centrales que han impulsado nuestra acción en el terreno económico. Sostengo el principio de libertad económica. Pero esta libertad, como todas las libertades, llega a generar el más feroz egoísmo si en su ejercicio no se articula la libertad de cada uno con la libertad de los demás. No todos venimos al mundo dotados del suficiente equilibrio moral para someternos de buen grado a las normas de sana convivencia social. No todos podemos evitar que las desviaciones del interés personal degeneren en egoísmo espoleador de los derechos de los demás y en ímpetu avasallador de las libertades ajenas. Y aquí, en este punto que separa el bien del mal, es donde la autoridad del Estado debe acudir para enderezar las fallas de los individuos y suplir la carencia de resortes morales que deben guiar la acción de cada cual, si se quiere que la sociedad futura salga del marasmo que actualmente la ahoga.

El Estado puede orientar el ordenamiento social y económico sin que por ello intervenga para nada en la acción individual que corresponde al industrial, al comerciante, al consumidor. Estos, con-



servando toda la libertad de acción que los códigos fundamentales les otorgan, pueden ajustar sus realizaciones a los grandes planes que trace el Estado para lograr los objetivos políticos, económicos y sociales de la Nación. Por esto afirmo que el Estado tiene el deber de estimular la producción, pero debe hacerlo con tal tacto que logre, a la vez, el adecuado equilibrio entre las diversas fuerzas productivas. A este efecto, determinará cuáles son las actividades ya consolidadas en nuestro medio, las que requieren un apoyo para lograr solidez a causa de la vital importancia que tienen para el país; y por último, cuáles han cumplido ya su objetivo de suplir la carestía de los tiempos de guerra, pero cuyo mantenimiento en época de normalidad representaría una carga antieconómica que ningún motivo razonable aconseja mantener o bien provocaría estériles competencias

con otros países productores. Pero aún hay otro motivo que obliga al Estado argentino a regular ciertos aspectos de la economía. Los compromisos internacionales que tiene contraídos lo obligan a orientar las directivas económicas supranacionales teniendo en vista la cooperación entre todos los países. Y si esta cooperación ha de ser eficaz y ha de basarse en ciertas reglas de general aplicación entre Estados, no veo la forma de que la economía interna de cada país quede a merced del capricho de unos cuantos oligarcas manejadores de las finanzas, acostumbrados a hacer trabajar siempre a los demás en provecho propio. Al Estado, rejuvenecido por el aporte de sangre trabajadora que nuestro movimiento inyectará en todo su sistema circulatorio, corresponderá la misión de regular el progreso económico nacional sin olvidar el cumplimiento de los compromisos que la Nación contraiga, o tenga contraídos con otros países.

Por lo que os he dicho hoy, y por lo que he afirmado en ocasiones anteriores, parecería ocioso repetir que no soy enemigo del capital privado. Juzgo que debe estimularse el capital privado en cuanto constituye un elemento activo de la producción y contribuye al bienestar general. El capital resulta pernicioso cuando se erige o pretende erigirse en instrumento de dominación económica. En cambio es útil y beneficioso cuando sabe elevar su función al rango de cooperador efectivo del progreso económico del país y colaborador efectivo del progreso económico del país y colaborador sincero de la obra de la producción y comparte su poderío con el

esfuerzo físico e intelectual de los trabajadores para acrecentar la riqueza del país.

Por esto, en los postulados éticos que presiden la acción de nuestra política, junto a la elevación de la cultura del obrero y a la dignificación del trabajo, incluimos la humanización del capital. Solamente llevando a cabo estos postulados, lograremos la desaparición de las discordias y violencias entre patronos y trabajadores. Para ello no existe otro remedio que implantar una inquebrantable justicia distributiva.

En el nuevo mundo que surge en el horizonte no debe ser posible el estado de necesidad que agobia todavía a muchísimos trabajadores en medio de un estado de abundancia general. Debe impedirse que el trabajador llegue al estado de necesidad, porque sepan bien los que no quieren saber o fingen no saberlo, que el estado de necesidad está al borde del estado de peligrosidad, porque nada hace saltar tan fácilmente los diques de la paciencia y de la resignación como el convencimiento de que la injusticia es tolerada por los poderes del Estado, porque, precisamente ellos son los que tienen la obligación de evitar que se produzcan las injusticias.

Un deber nacional de primer orden exige que la organización política, la organización económica y la organización social, hasta ahora en manos de la clase capitalista, se transformen en organizaciones al servicio del pueblo. El pueblo del 25 de Mayo quería saber de qué se trataba; pero el pueblo del 24 de Febrero quiere tratar todo lo que el pueblo debe saber.

Para terminar y como detalle complementario del aspecto económico, he de

referirme brevemente a las orientaciones generales que deseamos seguir en orden a la industrialización que el país necesita.

Ante todo, la afirmación esencial que rige nuestra acción: la riqueza no la constituye el montón de dinero más grande o más chico que pueda tener atesorado la Nación; para nosotros, la verdadera riqueza la constituye el conjunto de la población, el trabajo propiamente tal y la organización ordenada de esta población y de este trabajo.

Es, pues, el elemento humano actual y futuro, el factor que ha de requerir la preocupación fundamental del Estado. Vale decir que ahí se incluye la elevación del nivel de vida hasta el estándar compatible con la dignidad del hombre y el mejoramiento económico general; la propulsión de organizaciones mutualistas y cooperativas; el incremento de la formación técnica y capacitación profesional; la construcción de casas baratas y económicas para obreros y empleados; los préstamos para la construcción y renovación del hogar de la clase media; pequeños propietarios, rentistas y jubilados modestos, y estímulos, fomento y desarrollo del vasto plan de seguridad social y mejoramiento de las condiciones generales de trabajo. No puede hablarse de emprender la industrialización del país



sin consignar bien claramente que el trabajador ha de estar protegido antes que la máquina o la tarifa aduanera. Y tampoco tengo que repetir que el progreso del trabajador del campo debe ir al compás del hombre de la ciudad. Deben convencerse de que la ciudad, sin el esfuerzo del hombre de campo, está condenada a desaparecer. ¡De cada 35 habitantes rurales sólo uno es propietario! Ved si andamos muy lejos cuando decimos que debe facilitarse el acceso a la propiedad rural. Debe evitarse la injusticia que representa el que 35 personas deban ir descalzas, descamisadas, sin techo y sin pan, para que un lechuguino venga a lucir la galerita y el bastón por la calle Florida, y aún se sienta con derecho a insultar a los agentes del orden porque conservan el orden que él, en su inconsciencia, trata de alterar con sus silbatinas contra los descamisados.

Asegurada la suerte del factor humano, estaremos en condiciones de proseguir el plan de industrialización en sus más minúsculos detalles. Inventario y clasificación de materias primas, energía que produce y puede producir el país; ayudar el establecimiento de industrias, propulsando las iniciativas, estimulando las inversiones de capital y fomentando la creación y ampliación de laboratorios de investigaciones científicas y económico-sociales con amplia colaboración de técnicos y obreros; sistematización de costos en beneficio de productores y consumidores; moderación de las cargas fiscales que graven toda actividad socialmente útil; estimular la producción para abastecer abundantemente las necesidades del país, sin limitar



las posibilidades de producción y transformación, sin extirpar viñedos ni restringir el sembradío para evitar que se destruyan los sobrantes que podían reducir el precio, pero que producían ganancias fabulosas a los capitalistas aunque condenaban a cientos de miles de trabajadores a no beber vino y a no comer pan; permitir precios remuneradores al capital que sean firmes y estables, que sirvan de garantía a los altos salarios y aseguren beneficios correctos; incitar el desarrollo del comercio libre y transporte económico, terrestre, marítimo, fluvial y aéreo.



En definitiva, la Argentina no puede estancarse en el ritmo somnoliento a que la condenaron cuantos se lanzaron a vivir a sus costillas; la Argentina ha de recobrar el pulso firme de una juventud sana y de una sangre limpia. La Argentina necesita la aportación de esta sangre juvenil de la clase obrera; no puede seguir con las corrientes sanguíneas de múltiples generaciones de gente caduca, porque llegaríamos a las nefastas consecuencias de las viejas dinastías, que habían muerto físicamente antes de que los pueblos las echaran cansados de aguantarlas.

Esta sangre nueva la aporta nuestro movimiento; esta sangre hará salir de las urnas, el día 24 de este mes, esta nueva Argentina que anhelamos con toda la fuerza y la pujanza de nuestro corazón.

No puedo terminar mis palabras sin referirme a los problemas internacionales. La base de mi actuación ha de ser la defensa de la soberanía argentina, con tanta mayor energía cuanto mayor sea la grandeza de quienes intenten desconocerla, porque desprecio a los hombres y a las naciones que se crecen ante los débiles y se doblan ante los poderosos.

Es posible que mi pasado para actuar en la vida pública sea constante franqueza de mis expresiones, que me lleva a decir siempre lo que siento. Esto me da derecho a que se me crea cuando proclamo mi simpatía y admiración hacia el gran pueblo estadounidense, y que pondré cada día mayor empeño en llegar con él a una completa inteligencia, lo mismo que con todas las Naciones Unidas, con las cuales la Argentina ha de colaborar lealmente, pero desde un plano de igualdad. De ahí a mi oposición tenaz a las intervenciones pretendidas por el señor Braden embajador y por el señor Braden secretario adjunto, de ejecutar en la Argentina sus habilidades para dirigir la política y la economía de naciones que no son las suyas.

Entremos, pues, al fondo de la cuestión; empezaré por decir que el tenor de las declaraciones publicadas en los Estados Unidos de Norte América, corresponde exactamente al de los conceptos vertidos por mí. He dicho entonces y lo repito ahora, que el contubernio oligárquicomunista, no

quiere las elecciones; he dicho también, y lo reafirmo, que el contubernio trae al país armas de contrabando; rechazo que en mis declaraciones exista imputación alguna de contrabando a la Embajada de Estados Unidos; reitero, en cambio, con toda energía, que esa representación diplomática o más exactamente el señor Braden, se hallan complicados en el contubernio, y más aún, denuncio al pueblo de mi Patria que el señor Braden es el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática.

Cuando el señor Braden llegó a nuestro país ostentando la representación diplomática del suyo, la situación era la siguiente: después de un largo e injusto aislamiento que ningún argentino sensato pudo jamás aceptar como justo, la República Argentina fue incorporada al seno de

las Naciones Unidas. Suscribió todos los pactos, y con la rectitud que caracteriza su vida de relación internacional, inició el cumplimiento estricto de las obligaciones contraídas. Como corolario de la nueva situación y a fin de darle expresión concreta y efectiva, llegó hasta nosotros de los Estados Unidos la misión Warren.

En una estada breve pero eficaz, esta misión concertó diversos acuerdos con nosotros, acuerdos políticos, económicos y militares, cuya ejecución había de beneficiar a ambos países, dentro de un plan de mutuo respeto y beneficio común.

Cuando el gobierno de la Nación se disponía a dar cumplimiento a cada una de las obligaciones estipuladas; cuando se preparaban los embarques de lino a cambio de combustibles que debíamos recibir y que el país necesitaba urgentemente; cuando





se creía que el oro bloqueado en los Estados Unidos podría ser repatriado; cuando, en fin, las dos naciones se disponían a olvidar resentimientos, eliminar malentendidos, reanudar las corrientes culturales y comerciales que fueron tradición en el pasado, todo en una atmósfera de comprensión y cooperación recíproca, llega al país el señor Braden, nuevo embajador de los Estados Unidos de Norte América. Como primera medida, el señor Braden anula todos los convenios a que se había arribado con la misión Warren.

El señor Braden, quebrando toda la tradición diplomática, toma partido a favor de nuestros adversarios, vuelca su poder, que no le es propio, en favor de los enemigos de la nacionalidad y declara abiertamente la guerra a la revolución, pronunciando un discurso en Rosario que llena de asombro, estupor e inquietud a nuestro país, y a todas las naciones latinoamericanas. A partir de ese momento, se suceden los discursos y las declaraciones, y el embajador Braden,

sin despojarse de su investidura, se convierte en el jefe omnipotente e indiscutido de la oposición, a la que alienta, organiza, ordena y conduce con mano firme y oculto desprecio.

El pueblo argentino, el auténtico pueblo de la Patria, repudia esa intromisión inconcebible, y su indignación desborda y supera largamente la alegría enfermiza de los que se alinean presurosos en las filas del señor Braden. Los viejos políticos venales recogen sus palabras y hacen con ellas sus muletas, se sienten redimidos y perdonados, sin darse cuenta que son ahora más miserables aún, afiliados y subordinados al extranjero, dentro de los propios confines patrios.

El señor Braden revela muy pronto la razón de sus agresiones al gobierno de la revolución, y a mí en particular; es que él quiere implantar en nuestro país un gobierno propio, un gobierno títere, y para ello ha comenzado por asegurarse el concurso de todos los «quislings» disponibles.

El señor Braden, para facilitar su acción, subordina a la prensa y a todos los medios de expresión del pensamiento; se asegura por métodos propios el apoyo de los círculos universitarios, sociales y económicos, descollando su extraordinaria habilidad de sometimiento en el campo de la política. Naturalmente, de la política depuesta por la revolución del 4 de Junio.

Logrado su primer paso en la realización del plan denunciado, o sea la unión compacta de todos los enemigos de la revolución, y más especialmente la de mis adversarios, el señor Braden creyó oportuno y conveniente para múltiples fines pasar revista a su pequeño ejército de traidores. No encontró para ello mejor que organizar la Marcha de la Constitución y la Libertad, la que se llevó a efecto después de vencer el ex embajador muchas trabas

y dificultades.

El señor Braden, en su afán de asegurarse la constitución de un gobierno propio en la Argentina, pactó aquí con todo y con todos, concedió su amistad a conservadores, radicales y socialistas; a comunistas, demócratas y progresistas y pronazis; y junto a todos ellos, extendió su mano a los detritos que la revolución fue arrojando en su seno en sus hondos procesos depuradores. El ex embajador sólo exigía, para brindar su poderosa amistad, una bien probada declaración de odio hacia mi humilde persona.

Los discursos, declaraciones y actos del señor Braden, tanto durante su gestión al frente de la Embajada de los Estados Unidos como en sus funciones actuales, prueban de manera irrefutable su activa, profunda e insolente intervención en la



política interna de nuestro país. He dicho ya en otras ocasiones, que las nuevas condiciones imperantes en el mundo han creado una interdependencia entre todos los países de la tierra; pero he fijado el alcance de esa interdependencia a lo económico, sosteniendo el derecho de cada nación a adoptar la filosofía político-social más de acuerdo con sus costumbres, su religión, posición geográfica y circunstancias históricas, si es que en verdad se quiere subsistir con la dignidad y jerarquía del Estado soberano.

Declaro que la intromisión del señor Braden en nuestros asuntos, hasta el extremo de crear, alentar y dirigir un conglomerado político adicto, no puede contar con el apoyo del pueblo y del

gobierno de los Estados Unidos. El presidente Truman ha expresado recientemente que todos los pueblos capaces tienen el derecho de elegir sus propios gobiernos. El

Senado de los Estados Unidos, al aprobar el nombramiento del señor Braden para su cargo actual, estableció expresamente que no podría intervenir en las cuestiones de los países latinoamericanos sin previa consulta. El mismo gobierno aludido reiteró hace poco la prohibición de intervenir en política de otros países a los hombres de negocios norteamericanos. El propio

señor Braden alterna sus amenazas de intervención económica y militar con protestas de no intervencionismo.

Una de las consecuencias más graves de la beligerancia del señor Braden con respecto al gobierno de la revolución, fue la nulidad de los convenios a que se había arribado con la misión Warren, y de los que tanto los Estados Unidos como la Ar-

gentina esperaban beneficios recíprocos. El ex embajador, después de anular los convenios mencionados, no sólo no hizo ninguna tentativa para reemplazarlos por



otros nuevos, sino que se resistió a tratar la cuestión todas las veces que lo insté a ello. Es que así, naturalmente, el señor Braden creaba más y más dificultades al gobierno al cual yo pertenecía.

La permanencia del señor Braden en nuestro país se caracterizó, pues, por su intromisión en nuestros asuntos; por haber dado forma, aliento y directivas al amorfo organismo político que nos enfrenta; por haber desprestigiado implacable y sistemáticamente a la revolución del 4 de Junio, a sus hombres y a mí en particular, y por último, por haber brindado su amistad a todos los enemigos del movimiento renovador del 4 de Junio, sin importarle para nada su filiación política e ideológica.

En nombre del señor Braden, cuando actuaba como embajador en nuestro país, alguien suficientemente autorizado expresó que yo jamás sería presidente de los argentinos y que aquí, en nuestra Patria, en nuestra Patria, no podría existir ningún gobierno que se opusiese a las ideas de los Estados Unidos.

Ahora yo pregunto: ¿Para qué quiere el señor Braden contar en la Argentina con un gobierno adicto y obsecuente? ¿Es acaso porque pretende repetir en nuestro país su fracasada intentona de Cuba, en donde, como es público y notorio, quiso herir de muerte la industria y llegó incluso a ame-

nazar y a coaccionar la prensa libre que lo denunciaba?

Si, por un desig-
nio fatal del desti-
no, triunfaran las
fuerzas represivas
de la represión,
organizadas, alen-
tadas y dirigidas
por Spruille Braden, será una rea-
lidad terrible para
los trabajadores
argentinos la situa-
ción de angustia,
miseria y oprobio
que el mencionado
ex embajador pre-
tendió imponer,
sin éxito, al pueblo
cubano.

En consecuen-
cia, sepan quienes
voten el 24 por la

fórmula del contubernio oligárquico-co-
munista, que con ese acto entregan, sen-
cillamente, su voto al señor Braden. La
disyuntiva, en esta hora trascendental, es
ésta: O Braden, o Perón. Por eso, glosan-
do la inmortal frase de Roque Sáenz Peña,
digo: «Sepa el pueblo votar».



La carta de Perón a Mao

Este es el texto completo de la carta llevada a la China Popular en 1965, por una delegación de la Juventud Peronista, integrada entre otros por Jorge Rulli, Gustavo Rearte, Cacho El Kadri y Carlos Caride.

Madrid, 15 de julio de 1965



*Al Sr. Presidente Mao Tsetung
Mi querido Presidente y amigo:*

Desde este difícil exilio, aprovecho la magnífica oportunidad que brinda el viaje de los jóvenes dirigentes peronistas del MRP, gentilmente invitados por Uds., para hacerle llegar junto con mi saludo más fraternal y amistoso, las expresiones de nuestra admiración hacia Ud., su Gobierno y su Partido; que han sabido llevar a la Na-

ción China el logro de tantas e importantes victorias, que ya el mundo capitalista ha comenzado por reconocer y aceptar.

Su pensamiento y su palabra de Maestro Revolucionario, han calado hondo en el alma de los pueblos que luchan por liberarse —nosotros entre ellos— que nos debatimos, en estos últimos diez años, en marchas y contramarchas propias del proceso de un pueblo, que va preparando las condiciones más favorables para la lucha final.

El Imperialismo Norteamericano y sus aliados permanentes —entre ellos ahora, los actuales dirigentes soviéticos— se equivocan cuando piensan que con el engaño de una falsa coexistencia pacífica podrán detener la marcha de estos pueblos sedientos de justicia en pos de su liberación.

El ejemplo de China Popular, hoy base inmovible de la Revolución Mundial, permite a los hombres de las nuevas generaciones prepararse para la larga lucha con más claridad y firme determinación.

La acción nefasta del Imperialismo, con la complicidad de las clases traidoras, han impedido en 1955 que nosotros cumpliéramos la etapa de la Revolución Democrática a fin de preparar a la clase trabajadora para la plena y posterior realización de la Revolución Socialista. Pero, de la derrota de esa fecha, hemos recogido grandes ejemplos que nos permiten prepararnos con mucha más firmeza, para que nuestro pueblo pueda tomar el poder y así instaurar la era de gobierno de los oprimidos —la clase trabajadora— única capaz de realizar una política de paz y felicidad para nuestro pueblo. Nuestros objetivos son comunes, por eso me felicito de este contacto de nuestros luchadores con esa gran realidad que son ustedes.

En lo fundamental somos coincidentes, y así lo he expresado muchas veces ante nuestros compañeros, la clase trabajadora y peronista de Argentina. Quedan los aspectos naturales y propios de nuestros países, que hacen a sus condiciones socio-económicas, y que modifican en cierta forma la táctica de lucha.

Los compañeros portadores sabrán ex-



explicar de viva voz nuestros puntos de vista, y el gran deseo de que la más profunda y sincera de las amistades se consolide entre nosotros.

Reciba, querido Presidente, las seguridades de nuestros mejores sentimientos. Somos confiantes en el triunfo de la justi-

cia y la verdad. Nada ni nadie podrá detener la hora de los pueblos.

Por el triunfo de nuestras comunes luchas, por el triunfo y la felicidad el Pueblo Chino; por la liberación de los pueblos oprimidos, con toda amistad.

Un gran abrazo, Juan Perón





LA HUELLA DE LOS LEALES

En cada página de nuestra historia hay nombres que se vuelven bandera. No por haber buscado la gloria, sino porque **vivieron con una lealtad que no se negocia**. En esta edición queremos recordar a dos de esos imprescindibles: **Hebe de Bonafini y José María “Mono” Gatica**.

Desde lugares distintos —una en la Plaza, otro en el ring—, ambos encarnaron **la misma pasión por el pueblo**. Hebe, madre y militante, transformó el dolor en rebeldía y nos enseñó que la memoria también se pelea. Su vida fue una lección de amor político: la constancia de quien no baja los brazos, ni siquiera ante la tragedia.

El “Mono” Gatica, en cambio, fue el hijo del pueblo hecho leyenda. Su puño en alto y su saludo a Perón simbolizaron la dignidad del trabajador que, por primera vez, se sabía protagonista. Amado por los humildes y despreciado por los poderosos, Gatica cayó, pero nunca se rindió.

Ambos dejaron una misma huella: **la de los que no claudican, la de los que luchan sin pedir permiso**. Recordarlos es seguir su ejemplo; es decir, una vez más, que **la lealtad no se declama: se demuestra haciendo**.

HEBE DE BONAFINI: MADRE DE TODAS LAS BATALLAS



Hebe María Pastor de Bonafini nació el 4 de diciembre de 1928 en Ensenada, provincia de Buenos Aires, en el seno de una familia obrera. Su vida, marcada desde muy temprano por el trabajo y la solidaridad, nunca tuvo los privilegios del estudio ni de la política formal: fue ama de casa, madre y vecina de barrio. Sin embargo, la historia la convertiría, sin proponérselo, en una de las **figuras más trascendentes de la lucha por los derechos humanos y la memoria en la Argentina.**

Durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983), Hebe sufrió el secuestro y la desaparición de dos de sus hijos,

Jorge Omar y Raúl Alfredo Bonafini, ambos militantes populares. También fue secuestrada y desaparecida su nuera, **María Elena Bugnone Cepeda.** La tragedia personal se transformó, en su caso, en conciencia colectiva y compromiso político. A partir de 1977, se unió al grupo de madres que comenzaron a reunirse frente a la Casa Rosada, en la **Plaza de Mayo**, exigiendo la aparición con vida de sus hijos y de todos los desaparecidos. Aquellas rondas semanales, realizadas bajo el terror de la dictadura, dieron nacimiento al movimiento **Madres de Plaza de Mayo**, del que Hebe sería fundadora y más tarde presidenta.



Con el tiempo, su figura se volvió un símbolo de **resistencia, valentía y amor político**. Hebe no sólo denunció los crímenes del terrorismo de Estado, sino que también impulsó una visión profundamente transformadora de la sociedad. Desde su mirada, las Madres no eran únicamente víctimas, sino **militantes que continuaban la lucha de sus hijos**, entendiendo la memoria como una forma de acción presente. Bajo su conducción, la Asociación Madres de Plaza de Mayo desarrolló **espacios de educación popular, proyectos culturales, universidades y viviendas**, siempre articulando memoria con organización política.

A lo largo de su vida, Hebe mantuvo una relación profunda con el peronismo, especialmente con **la tradición popular y revolucionaria del movimiento**. Admiradora de Juan Domingo Perón y fervien-

te defensora de los gobiernos Nacionales y Populares que empezaron su ciclo en el 2003, entendía que los gobiernos nacionales y populares eran parte del mismo proyecto por el que habían luchado sus hijos. Su palabra, a menudo incómoda para el poder, fue siempre frontal y apasionada: **una voz sin concesiones, nacida del dolor pero también de la esperanza**.

Su presencia trascendió fronteras. Fue reconocida por organizaciones sociales, universidades y gobiernos de todo el mundo. Recibió distinciones en América Latina, Europa y Asia, y fue una interlocutora escuchada por líderes como Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales. Pero más allá de los reconocimientos, Hebe se definía a sí misma como **una militante del amor y de la justicia**, alguien que, como ella aseguró “aprendió de la política en la calle, con las otras madres, caminando la Plaza”.

Hebe de Bonafini falleció el **20 de noviembre de 2022**, a los 93 años, en La Plata. Su partida conmovió al país entero. El gobierno nacional decretó tres días de duelo, y sus cenizas fueron depositadas en la misma Plaza de Mayo, cumpliendo su deseo de “quedarse para siempre en el lugar donde empezó la lucha”.

Su vida sintetiza una lección ética y política: **la lealtad inquebrantable al pueblo y a la memoria de los compañeros desaparecidos**, el coraje de convertir el dolor en acción, y la convicción de que **“la lucha no termina nunca, porque los sueños de nuestros hijos siguen vivos en nosotros”**.



MONO GATICA



(25 de mayo de 1925 – 12 de noviembre de 1963)

EL BOXEADOR DEL PUEBLO, EL LEAL QUE NUNCA SE RINDIÓ

José María Gatica nació el **25 de mayo de 1925 en Villa Mercedes, San Luis**, fecha y lugar que ya parecían una premonición: el nacimiento de un argentino del pueblo, en el mismo día en que la patria había dado su primer grito de libertad. Hijo de **un peón rural y una lavandera**, su infancia fue tan dura como la tierra seca del interior. Su familia vivía en la pobreza extrema, en los márgenes, donde cada día era una pelea literal por el pan. Desde chico trabajó en lo que podía: lustrabotas, vendedor ambulante, buscavidas.

Su destino empezó a cambiar cuando la familia se trasladó a **Buenos Aires**, a los barrios humildes del conurbano. Allí, en-

tre baldíos, conventillos y potreros, el pequeño José encontró el boxeo. No como deporte, sino como **una forma de sobrevivir**, de hacerse un lugar en un mundo que parecía no tener sitio para los suyos. El apodo “Mono” le nació por su forma inquieta y eléctrica de moverse, por esa mezcla de inocencia y fiereza que lo caracterizó siempre.

Desde el comienzo, Gatica no fue un boxeador más. En cada pelea ponía no sólo los puños, sino el corazón. Su estilo era desbordante, salvaje, emotivo, de esos que hacían vibrar al público. En los años cuarenta y cincuenta, **su figura creció junto con el país que empezaba a transformarse con el peronismo**. En los estadios, los obreros y las costureras gritaban por él como gritaban por Perón: el Mono era uno de los suyos, un muchacho

de barrio que había llegado arriba sin dejar de ser humilde, sin disfrazarse de lo que no era.

Gatica fue una expresión **viva del ascenso social y simbólico del pueblo peronista**. Su éxito en el ring coincidió con la irrupción de **Juan Domingo Perón y Eva Duarte** en la escena política nacional. Mientras el país se llenaba de derechos, trabajo y dignidad, el Mono se convirtió en un **ícono popular**, una bandera del pueblo que se levantaba orgulloso. No necesitaba leer manifiestos para entender el peronismo: lo sentía en el cuerpo y lo expresaba con la misma naturalidad con que lanzaba un golpe.

Por eso su frase quedó immortalizada como una síntesis de toda una época:

“Yo no me metí jamás en política... yo soy peronista.”

En esas palabras simples, de una lucidez arrolladora, se condensa una verdad pro-

funda: **para el pueblo, el peronismo no era una ideología, era una identidad**, una forma de vivir, de sentir y de saberse parte de algo más grande. Cuando Gatica decía eso, lo que estaba diciendo era: **“Yo soy parte del pueblo que por primera vez tiene voz, justicia y esperanza.”**

Su relación con Perón fue cercana y afectuosa. Lo visitaba en la residencia presidencial, compartía actos, abrazos y risas. El General lo estimaba sinceramente. Cuando Gatica subía al ring y gritaba “¡Perón, Perón!”, lo hacía con la misma emoción con que otros rezaban. Para los sectores populares, verlo triunfar era una alegría colectiva: **era el hijo del pueblo ganándole al mundo**, un obrero con guantes levantando la bandera de los descamisados.

“General, dos potencias se saludan”, la icónica frase que deja marcada a fuego la relación.



Pero el poder no perdona a quienes encarnan al pueblo. Tras **el golpe de 1955**, la llamada “Revolución Libertadora” —esa dictadura que persiguió, encarceló y proscribió a todo lo que oliera a peronismo— descargó su odio sobre él. **Le retiraron la licencia de boxeador profesional, lo borraron de los registros deportivos y lo prohibieron en los estadios.** Como tantos otros peronistas, fue condenado a la exclusión social, al silencio, al olvido.

El ídolo de las multitudes terminó vendiendo muñequitos en la calle Corrientes. Quienes antes lo aplaudían desde los palcos, ahora lo evitaban. La oligarquía que siempre lo despreció encontró su revancha. Pero Gatica, incluso en la miseria, **nunca renegó de lo que era.** Nunca pidió disculpas por amar a Perón, nunca se arrojó ante el poder que lo había arruinado. En la pobreza más absoluta, siguió siendo

leal, digno y orgulloso de su condición de peronista.

El **12 de noviembre de 1963**, con apenas 38 años, Gatica murió atropellado por un colectivo en Buenos Aires. Su muerte fue la de un pobre más, sin prensa, sin homenajes oficiales, sin dinero para un entierro digno. Pero con el tiempo, su figura fue recuperada por el pueblo, por la memoria popular que no olvida a los suyos.

Hoy, José María Gatica vive en el imaginario peronista como **símbolo de la lealtad del hombre humilde**, de la dignidad que no se compra ni se vende, y del precio que los poderosos hacen pagar a los que aman demasiado al pueblo. Su historia no es sólo la de un boxeador, sino la de **una Argentina que conoció la justicia social y luego la persecución**, la de los millones que se levantaron con Perón y fueron castigados por hacerlo.







DESAFIARTE

El arte, cuando nace del corazón del pueblo, no sólo emociona: **desafía**. Desafía a los poderosos, a las miradas colonizadas, a las formas de pensar que nos quieren dóciles, quietos, sin memoria y sin sueños. El arte popular argentino —ese que surge de los barrios, de los patios de tierra, de los conventillos, de las fábricas y de las calles— es, ante todo, **una herramienta de liberación**. Y pocas figuras lo encarnaron con tanta potencia como **Leonardo Favio**.

Favio supo mirar al pueblo con la ternura con la que se mira a un hermano y con la reverencia con la que se contempla un país que todavía está naciendo. Sus películas no son sólo obras maestras; son actos de amor y de justicia. No filmó al pueblo para explicarlo desde afuera ni para usarlo como decorado: **él era pueblo**, y su cámara respiraba con el ritmo de las vidas humildes. Por eso su arte conmueve, porque no baja línea, sino que **eleva la voz de quienes casi nunca son escuchados**.

En cada plano, en cada canción, en cada gesto, Favio llevó el peronismo a su forma más pura: como sensibilidad, como horizonte, como la certeza de que la belleza también es un derecho de los humildes.

Y antes de que ese arte floreciera, ya había quien entendía con una claridad extraordinaria lo que significaba mirar al país desde adentro: **Arturo Jauretche**. El viejo Jauretche “la veía” —como solemos decir con admiración— cuando advertía contra los modelos importados que nos alejan de nuestra realidad, cuando denunciaba la colonización pedagógica y cultural, cuando insistía, una y otra vez, en que la inteligencia argentina debía volver a mirar su propio suelo. Su obra fue, y sigue siendo, un faro: una invitación a **pensar con cabeza propia**, a desconfiar de los que nos proponen soluciones “civilizadas” para problemas que no entienden, a recuperar la riqueza viva de nuestro pueblo como punto de partida.

Por eso esta sección se llama **Desafiarte**. Porque el arte popular desafía, provoca, inquieta y al mismo tiempo **libera**. Porque seguir hoy a Favio y a Jauretche es continuar esa tradición de pensamiento y sensibilidad que se animó —y todavía se anima— a romper moldes, a cuestionar mandatos, a inventar caminos.

Y porque, en definitiva, en tiempos donde quieren reducir el arte a mercancía y la cultura a consumo, recordar a estos gigantes es recordar que **el pueblo también piensa, también sueña y también crea**. Y que cuando lo hace, transforma.



LEONARDO FAVIO: PADRE Y POETA

Mi viejo se emociona con dos o tres cosas, no más, pero cuando las lágrimas se le desprenden como inevitables hojas que caen, él no lo esconde tímidamente bajo ningún apresurado tapiz. Sólo se tapa la boca tímidamente y suelta alguna frase que lo ayuda a procesar aquel sentir. Tal vez le sucede con algún recuerdo que le brota cuando escucha a Piero cantar: “Es un buen tipo mi viejo”, mirando las gloriosas jugadas del “Loco” René Houseman o quizás sea alguna canción de Leonardo Favio aquello que lo traslade a ese estado; en donde el tiempo para él se convierta en uno sólo y sus recuerdos le vuelvan como caricias del tiempo. En un instante donde la vida cobra su sentido último y final, donde puede observar al amor de cerca, sin intermediarios.

Mi viejo siempre me habló de Gatica: El mono, del mito de que Favio solo cantaba para ganar la plata que luego emplearía para sus películas, sobre Juan Moreira y Nazareno Cruz y el lobo. El cine, siempre el cine, aquel obturador de épocas, la voz profunda de Favio que narra historias que atraviesan y retratan la segunda mitad del siglo pasado, donde el país sufrió cambios sustanciales, culturales y políticos, luego del primer gobierno del General Perón. Los planos de un mirar (y admirar) el mundo que nacen de unos ojos marginales y románticos, ojos inquietos que mastican la realidad y saborean sus matices nostálgicos, agridulces. Ojos que despiden un amable aliento a libertad.

De chico no entendí de lo que mi viejo



Tomado de la Agencia Paco Urondo



me hablaba. No me hallaba dentro de aquella ecuación, no había podido descifrar todavía el funcionamiento de esa sagrada conexión que hoy puedo vislumbrar: el cine, mi viejo, Favio, las canciones, yo y los pilares de una vida que nos demuestra continuamente que las cosas más reales son las imprescindibles.

Una poética gris que se derramaba sobre nosotros, tal vez un gris proveniente de aquel blanco y negro que tiñó sus primeros films, ese gris que a veces solía darle lugar a los colores de la primavera cuando sus vini-

los inundaban las casas de toda Latinoamérica con sus baladas. Colores que también vivieron en su película más amada *Soñar, Soñar*. Los nocturnos violines que besaban las palabras dibujadas por una voz grave, voz que gritaba: “¿Cómo explicar que me duele hasta el aire que juega en tu pelo y tú andar?”. Y los versos hablados que imprimieron, en la memoria de miles, esos paisajes hoy lejanos. De amores, padeceres y sufrimientos.

Sandro era el rock ligero y seductor, Palito Ortega y “El club del Clan” el cancionero contagioso de la radio, Charly García la revolución, pero Favio era otra cosa, sus melodías solían bailar dentro de un adagio de armonías menores (de despliegues mayores), melodías que enfrentaban a lo eterno con su voz paternal y abrigaban esos oídos algo entumecidos por el frío de los años rodeados por golpes de estado e inestabilidad económica. Y en esa danza preciosa: la poesía, siempre la poesía, aquel talismán invaluable con el que cortaba los hilos rígidos de una realidad dolorosa, poesía con la que ejercía su paternidad, alimentando a sus hijos, con palabras, con el aire que impulsaba sus anhelos de habitar algunos mundos aún inexistentes.

Es por eso que Favio es más que un referente artístico, más que una influencia plural que atropella amablemente nuestros días con un alud de estímulos hermosos; Leonardo Favio es el Padre Poeta que dedica su vida entera a construir una herencia divina que nos ayude a amar lo que nos rodea. Y es en esa encomienda sagrada que ha emprendido donde vemos cómo su espíritu ha trascendido los órdenes del tiempo y del espacio.





Fue hace poco que descubrí la grabación de un poema en donde esto queda magníficamente manifestado, la poesía del padre al hijo, del hijo al padre, el momento preciso en donde el padre y el hijo se funden en versos, se funden en un amar en el que veo la razón de mi segundo nombre “Nicolás”. Nuestro nombre recíproco. Lo imagino a mi viejo pronunciando estas palabras, con los ojos húmedos, observando al amor de cerca, sin intermediarios:

Poema para mi hijo Nicolás (Leonardo Favio)

*En la tierra del patio construí mil caminos.
Ríos, montes, quebradas para poder jugar
perdóname si no hice con mis manos tu
cuna.*

*Tuve celos mi niño quise ser uno más....
que jugaras conmigo a mil cosas
distintas que la misma ternura
repartiera a mamá*

*Perdóname si no hice con mis
manos mi cuna... sólo te di la vida
nada más, nada más.*

*Perdóname si a veces llego
un poco cansado y me duermo
en la parte que está el cuento mejor.*

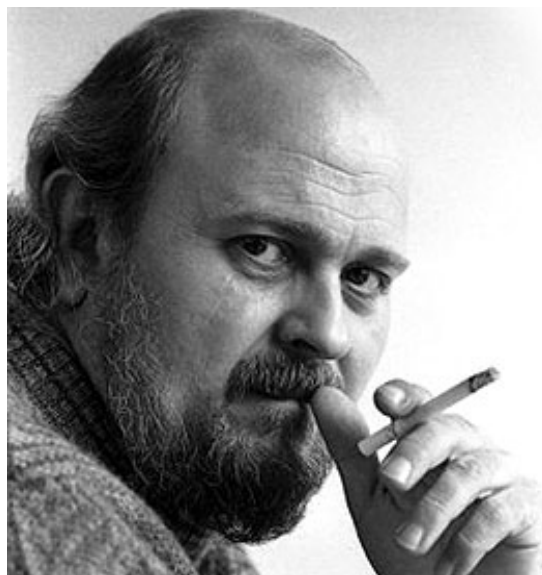
*Cuando crezcas mi niño
sabrás cuánto te amo
y que llego cansado para
que duermas vos.*

MECÁNICOS

un cuento de Osvaldo Soriano

Mi padre era muy malo al volante. No le gustaba que se lo dijera y no sé si ahora, en la serenidad del sepulcro, sabrá aceptarlo. En la ruta ponía las ruedas tan cerca de los bordes del pavimento que un día, indefectiblemente, tenía que volcar. Sucedió una tarde de 1963 cuando iba de Buenos Aires a Tandil en un Renault Gordini que fue el único coche que pudo tener en su vida. Lo había comprado a crédito y lo cuidaba tanto que estaba siempre reluciente y del motor salían arrullos de palomas. Me lo prestaba para que fuera al bosque con mi novia y creo que nunca se lo agradecí. A esa edad creemos que el mundo solo tiene obligaciones con nosotros. Y yo presumía de manejar bien, de entender de motores, cajas, distribuidores y diferenciales porque había pasado por el Industrial de Neuquén.

Antes de que me fuera al servicio militar me preguntó que haría al regresar. Ni él ni yo servíamos para tener un buen empleo y le preocupaba que la plata que yo traía viniera del fútbol, que consideraba vulgar. A mi padre le gustaba la ópera aunque creo que nunca conoció el Teatro Colón. Venía de una lejana juventud antifascista que en 1930 le había tirado piedras a los esbirros del dictador Uriburu, y conservaba un costado romántico. Cuando le dije que quería seguir jugando al fútbol, lo tomó como un mal chiste. Me aconsejó que en la conscripción hiciera valer mi diploma de experto en motores para pasarla mejor. Siempre se equivocaba: fue como centro-delantero que evité las humillaciones en el regimiento.



Cualquiera arregla un motor pero poca gente sabe acercarse al arco. La ambición de mi padre era que yo conociera bien los motores viejos para después inventar otros nuevos. Igual que Roberto Arlt, siempre andaba dibujando planos y haciendo cálculos. Una tarde en que me prestó el Gordini para ir al bosque me anunció que al día siguiente, aprovechando sus vacaciones, lo íbamos a desarmar por completo para poder armarlo de nuevo.

Yo no le hice caso pero el se tomó el asunto en serio. En el fondo de la casa tenía un taller lleno de extrañas herramientas que iba comprando a medida que lo visitaban los viajeros de Buenos Aires. Como no podía pagarlas, los tipos entraban de prepo al taller, se llevaban las que tenía a medio pagar y de paso le dejaban otras nuevas para tenerlo siempre endeudado. Había algunas muy estrambóticas, llenas de engranajes, sinfines, manómetros y relojes, que nadie sabía para que servían.

A la madrugada dejé el coche en el garage y me tire en la cama dispuesto a dormir todo el día. Pero a las seis mi viejo ya estaba de pie y vino a golpear a la puerta de mi

pieza. Mi madre no me permitía fumar y el entrenador tampoco, así que cuando me ofrecía el paquete yo sonreía y lo seguía por el pasillo poniéndome los pantalones. Caminaba delante de mí, medio maltrecho, y lo sorprendía que yo pudiera saltar un metro para peinar la pelota que bajaba del techo y meterla por la claraboya del taller.

—Sos un cabeza hueca—me decía.

Se reía con Buster Keaton y leía La Prensa, que le prestaba un vecino. Tal vez había envejecido antes de tiempo o quizá se enamoró de una mujer intocable en uno de esos pueblos perdidos por donde nos había arrastrado. Nunca lo sabré. Mi madre ha perdido la memoria y apenas si recuerda el día en que lo conoció, ya de grande, en las barrancas de Mar del Plata.

Me miró y dijo: “Vamos a desarmar el coche. Después, cuando lo volvamos a armar, no nos tiene que sobrar ni una arandela, así aprendés”. Era un día feriado, sin fútbol ni cine. Hacía un calor terrible y a mediodía el cura del barrio se presentó a comer gratis y a ver televisión. Pero antes de que llegara el cura mi padre me pidió que eligiera por donde empezar. Parecía un cirujano en calzoncillos. Sudaba a mares por la piel de un blanco lechoso que yo detestaba. Al agacharse para aflojar las ruedas del Gordini se le abría el calzoncillo y las bolsas rugosas bajaban hasta el suelo grasiento. Puso tacos de madera bajo los ejes y empezó a sacar tornillos y tuercas, bujes y rulemanes, gramapas y resortes. A mí me daba bronca porque creía que nunca más iba a poder llevar a mi novia al otro lado del río y entre los árboles.

Igual atacué el motor con una caja de llaves inglesas, francesas y suecas. A mediodía, cuando el cura asomó la cabeza en el taller, ya teníamos medio coche desarmado. Los dos estábamos negros de aceite y habíamos perdido por completo el control de la ope-

ración. Mi padre había desmontado todo el tren delantero, la tapa del baúl, el parabrisas, y asomaba la cabeza por abajo del tablero de instrumentos. Atrás, yo había sacado válvulas y culatas y trataba de arrancar el maldito cigueñal. De vez en cuando mi viejo gritaba “¡Carajo, qué mal trabajan los franceses!” y arrojaba el velocímetro sobre la mesa mientras arrancaba con furia el cable del cebador. El cura nos miraba perplejo con un vaso de vino en una mano y la botella en la otra y de pronto le preguntó a mi padre cuántas cuotas llevaba pagadas. Ahí se hizo un silencio y el otro casi se pierde los tallarines gratis:

—Doce— le contestó de mal humor mi viejo, que era devoto de cristos y apóstoles. Y con la ayuda de Dios todavía tengo que pagar otras veinticuatro.

Tardamos tres días para convertir al Gordini en miles y miles de piezas diminutas y tontas desparramadas sobre la mesada y el piso. La carcasa era tan liviana que la sacamos al patio para lavarla con la manguera. La segunda tarde mi madre nos desconoció de tan sucios que estábamos y nos prohibió entrar a la casa. Dormíamos en el garaje,

Piense con el bolsillo

EL RASTROJERO DIESEL TRABAJA MAS Y A USTED LE CUESTA MENOS

SAQUE VENTAJAS:
Un litro de suelta cuesta \$ 0.45.
En cambio 320 gramos de gasoil —que realizan trabajo equivalente— cuestan apenas \$ 0.05.
O sea que Usted ahorra \$ 0.40 cada 5 Kms.
\$ 400 — cada 5.000 Kms. - \$ 4.000 — cada 50.000 Kms.

Hablando en pesos "de antes" AHORRA \$ 800.000 cada 100.000 Kms.
Algo importantísimo: el Rastrojero Diesel es verdadero dinero efectivo en el mercado de remita.
Y Usted sabe muy bien qué significa eso.
¿Para qué seguir hablando?

CONCESIONARIOS AUTOMOTORES

RASTROJERO DIESEL
GASOLERO AMIGO

sobre unas bolsas, y allí nos traía de comer. Vivíamos en trance, convencidos de que un técnico diplomado en el Otto Krause y un futuro conscripto de la Patria no podían dejarse derrotar por las astucias de un ingeniero francés. Fue entonces cuando mi padre decidió comprimir el motor y aligerar la dirección para que el coche cumpliera una performance digna de su genio. Hizo un diseño en la pared y me preguntó, desafiante, si todavía pensaba que el fútbol era mas atrayente que la mecánica. Yo no me acordaba cual pieza concordaba con otra ni qué gancho entraba en qué agujero y una noche mi padre salió a buscar al cura para que con un responso lo ayudara a rehacer el embrague. Al fin, una mañana de fines de febrero el coche quedó de nuevo en pie, erguido y lustroso, más limpio que el día en que salió de la fábrica. Lo único que faltaba era la radio que el cura nos había robado en el momento del recogimiento y la oración.

Le pusimos aceite nuevo, agua fresca, grasa de aviación y un bidón de nafta de noventa octanos. Hacía tiempo que mi padre había perdido los calzoncillos y se cubría las verguenzas con los restos de un mantel. Mi novia me había abandonado por los rumores que corrían en la cuadra y mi madre tuvo que lavarnos a los dos con una estopa

embebida en querosene. En el suelo brillaba, redonda y solitaria, una inquietante arandela de bronce, pero igual el coche arrancó al primer impulso de llave. Mi padre estaba convencido de haberme dado una lección para toda la vida. Adujo que la arandela se había caído de una caja de herramientas y la pateo con desdén mientras se paseaba alrededor del Gordini, orgulloso como un gallo de riña. Después me guiñó un ojo, subió al coche y arrancó hacia la ruta. A la noche lo encontré en el hospital de Cañuelas, con un hombro enyesado y moretones por todas partes.

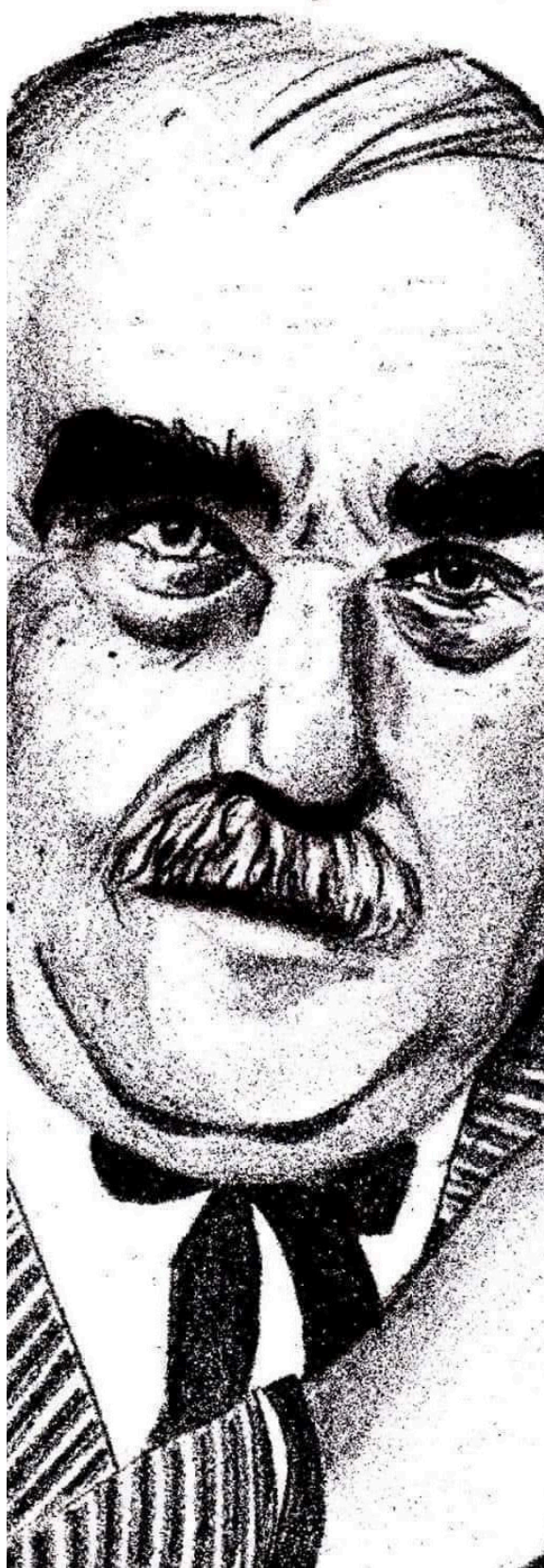
—Andá—me dijo—. Presentate al regimiento como mecánico, que te salvas de los bailes y las guardias.

Ese año hice mas de veinte goles sin tirar un solo penal. Por las noches leía a Italo Calvino mientras escribía los primeros cuentos. Mi viejo sabía aceptar sus errores y cuando publiqué mi primera novela, y me fue bien, se convenció de que en realidad su futuro estaba en la literatura. Enseguida escribió un cuento de suspenso titulado La luz mala, que inventó de cabo a rabo. Como Kafka, murió inédito y desconocido de los críticos. Por fortuna para él su único enemigo, grande y verdadero, había sido Perón.



VARIETÉ DE ZONCERAS ARGENTINAS

por Arturo Jauretche



Las “zonceras” son, en la definición de Arturo Jauretche, un conjunto de ideas falsas, prejuicios y lugares comunes que se han instalado en el pensamiento colectivo argentino para justificar, consciente o inconscientemente, políticas o posturas contrarias a los intereses del país.

Imagina las “zonceras” como “espejitos de colores” ideológicos que nos hacen ver lo nacional como inferior y lo extranjero como superior. Son como anteojos que distorsionan nuestra realidad y nos impiden valorarnos a nosotros mismos y a nuestra cultura.

Jauretche argumentaba que estas ideas no surgieron espontáneamente, sino que fueron introducidas a lo largo de la historia por grupos de poder o élites, con el objetivo de mantener una relación de dependencia cultural, económica o política con potencias extranjeras.

En resumen, una zoncera es una mentira aceptada socialmente que, al ser repetida, se convierte en una “verdad” que nos limita, nos divide y nos aleja de construir un proyecto de país soberano y con identidad propia, a continuación tendremos una síntesis general de estas premisas que no se oxidan con el tiempo.



LA DICOTOMÍA “CIVILIZACIÓN Y BARBARIE”

Es la “zoncera madre”. Postula una división tajante de la sociedad: la “civilización” es todo lo europeo, refinado e importado; la “barbarie” es lo propio, lo popular, el interior del país, lo criollo. Esta idea se usó para justificar el desprecio por las raíces nacionales y la adopción acrítica de modelos externos.

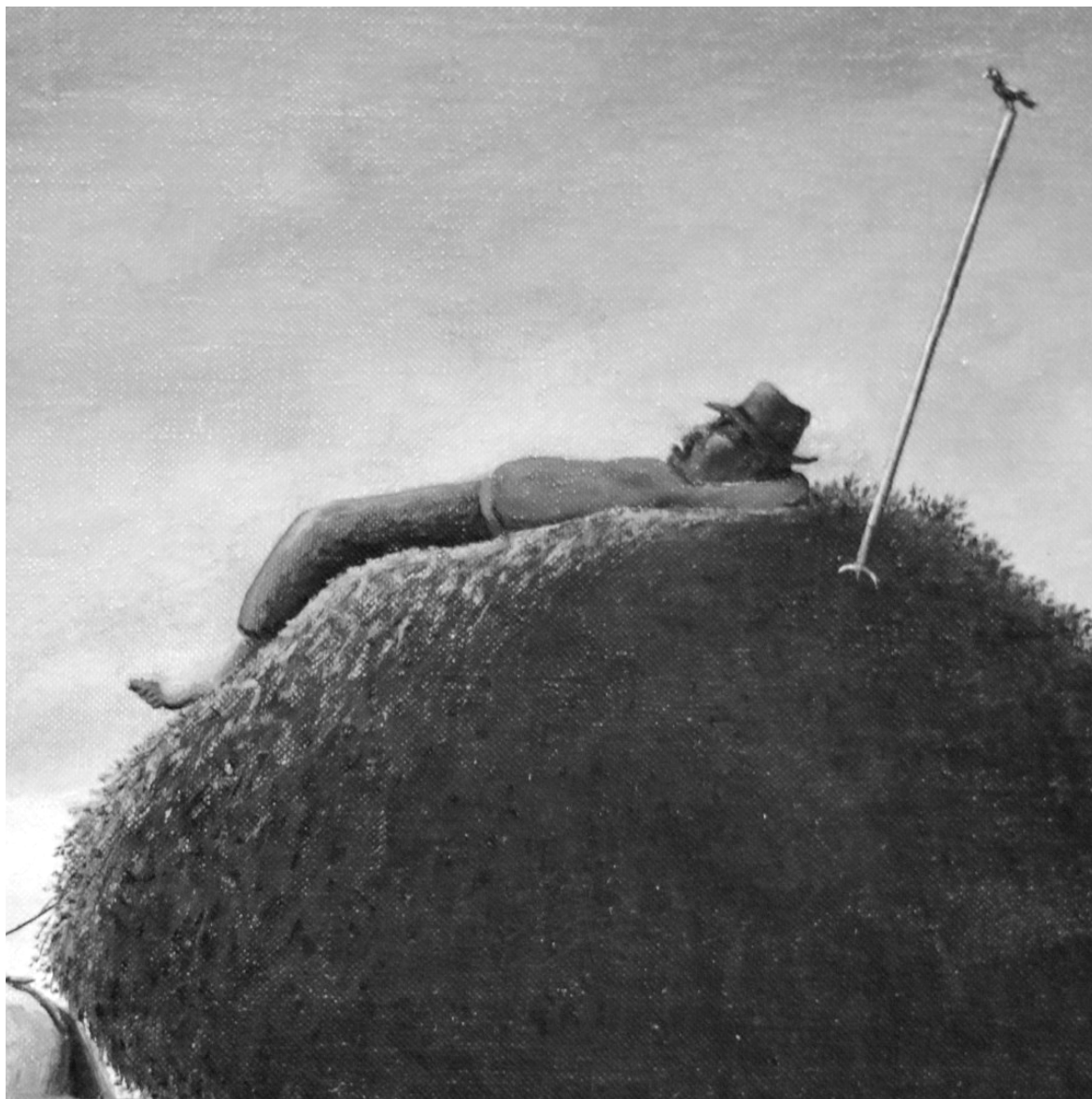
Jauretche nos enseña que esta dicotomía es una falacia ideológica. La verdadera “civilización” no es una copia foránea, sino la capacidad de construir un proyecto de país que surja de nuestra propia identidad, valorando nuestra cultura y raíces como pilares de un desarrollo auténtico, y no como un obstáculo a superar.



LA INFERIORIDAD DEL NATIVO (O “TODO LO EXTRANJERO ES MEJOR”)

El prejuicio arraigado de que el argentino es incapaz, haragán o inferior en comparación con el europeo o el norteamericano. Se manifiesta en la preferencia automática por el producto, la idea, la teoría o la persona extranjera sobre la nacional.

El antídoto es la revalorización del “ser nacional”. Jauretche nos invita a reconocer la inventiva criolla, la capacidad de adaptación y el “buen sentido” del pueblo. La solución a nuestros problemas no está en manuales importados, sino en la inteligencia y la capacidad de nuestro propio pueblo para generar soluciones situadas.



EL “VICIO” DE LA SIESTA Y LA PEREZA ARGENTINA

La idea de que las costumbres locales, como la siesta o un ritmo de trabajo diferente al industrial del norte, son signos de subdesarrollo, holgazanería o falta de progreso. Un menosprecio por nuestra propia climatología y cultura.

La respuesta es simple: las costumbres responden a un contexto y un clima. Juzgarlos con la vara de otras latitudes es absurdo. La refutación es la valoración de nuestros propios modos de vida y la afirmación de que la productividad y el desarrollo no están reñidos con la siesta o el mate, sino con modelos económicos que no contemplan nuestra realidad.



LA HISTORIA DE BRONCE Y MÁRMOL

La historia oficial, presentada como un relato épico de héroes inmaculados (“santos” de mármol como Rivadavia) y villanos absolutos (“demonios” como Rosas o los caudillos). Esta visión simplista y maniquea oculta los verdaderos conflictos de intereses y la complejidad de la formación de la nación.

Jauretche propone el revisionismo histórico. El antídoto es humanizar a los próceres, entender sus contextos, y recuperar la perspectiva de los sectores populares y del interior, que fueron marginados del relato oficial. Esto permite una comprensión integral y crítica de nuestra historia para no repetir errores.



EL LIBRECAMBIO COMO DOGMA ECONÓMICO

La creencia, casi religiosa, de que la apertura indiscriminada de la economía a los mercados mundiales y la adopción de teorías económicas abstractas (como la “mano invisible”) traerán prosperidad automática, sin considerar la realidad productiva del país.

La refutación es la primacía del interés nacional. Jauretche nos enseña que si una teoría económica, por muy “científica” que parezca, empobrece al país, destruye la industria y genera dependencia, es una zoncera peligrosa. La economía debe ser una herramienta al servicio del desarrollo nacional y del bienestar del pueblo.